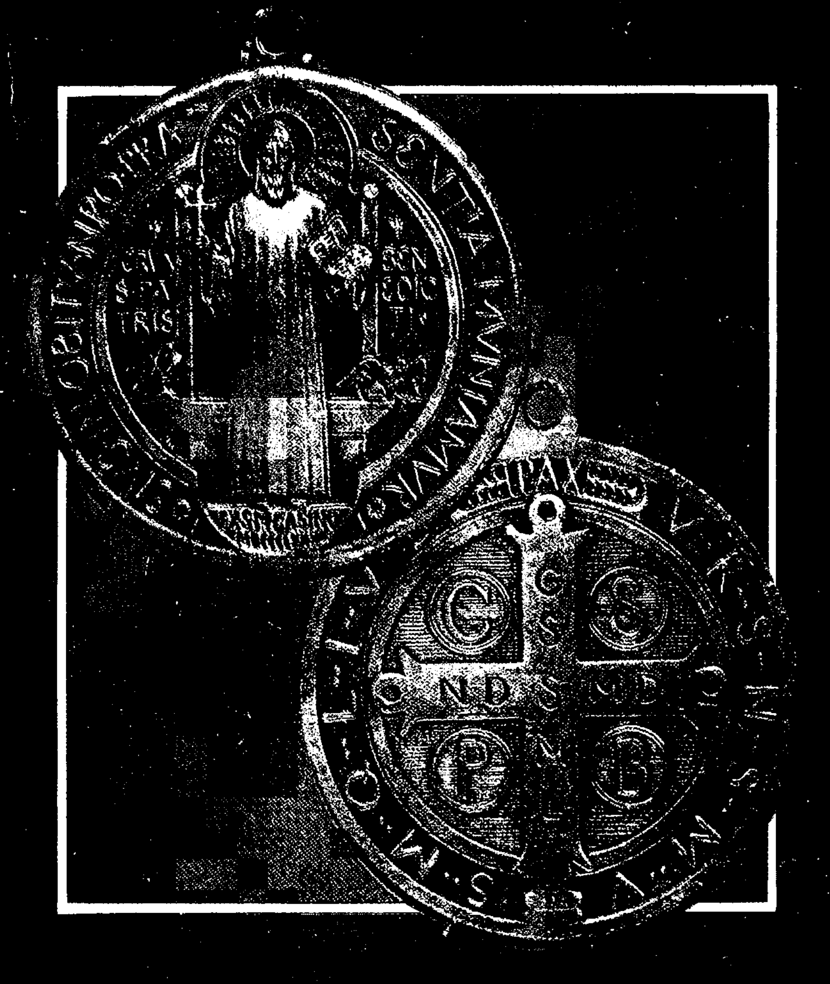
La Medalla de San Benito propagada en todo el mundo por los monjes benedictinos desde hace más de 300 años, adquirió celebridad por su eficacia extraordinaria en el combate contra el demonio y sus manifestaciones; en la defensa contra maleficios y peligros de todo tipo, enfermedades, especialmente las contagiosas, contra picaduras de serpientes y otros animales venenosos; en la protección de animales domésticos, vehículos, etc.

Repetidas veces aprobada y alabada por los Papas, la **Medalla de San Benito**, que une la fuerza exorcizante de la Santa Cruz del Redentor -la señal de nuestra salvación- al recuerdo de los méritos alcanzados por la santidad eximia del gran Patriarca San Benito, es sin duda muy indicada para los fieles católicos de nuestros días.

En la Argentina, la **Medalla de San Benito** tuvo, y todavía tiene, gran difusión, pero pocas personas conocen su historia, el significado de las letras, los prodigios estupendos alcanzados por su intermedio.

De ahí la gran importancia de este libro, escrito por el gran benedictino francés **Dom Prosper Guéranger**, Abad de Solesmes, uno de los más eminentes eclesiásticos del siglo XIX.

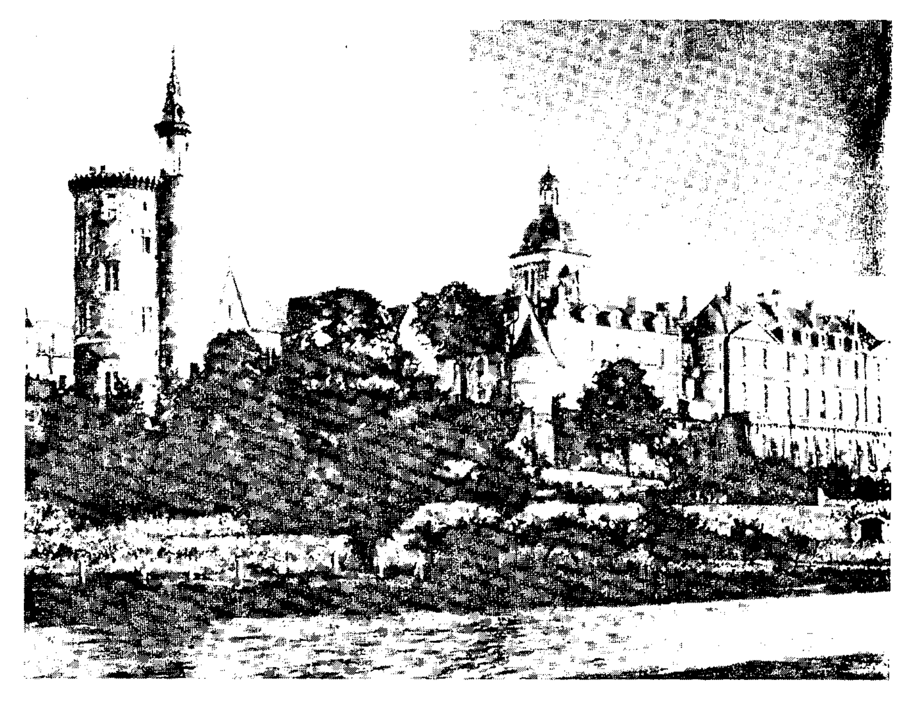
Se trata de una obra clásica y rara, pero al mismo tiempo de sorprendente actualidad, además de ser de muy agradable lectura. Al publicar esta obra tan importante, **Stella Matutina** está segura de atender una necesidad y un deseo del público católico argentino.



LA MEDALLA DE SAN BENITO

Dom Prosper Guéranger O.S.B.
Abad de Solesmes

EDITORIAL STELLA MATUTINA



Abadía de Solesmes en 1875, año de la muerte de Dom Guéranger

Índice

Introducción

Dom Prosper Louis Pascal Guéranger, autor de esta obra, fue uno de los eclesiásticos franceses más eminentes del siglo XIX[1].

Nació en la ciudad de Sablé-sur-Sarthe, en 1805. Ordenado sacerdote en 1827, seis años más tarde compró, en la ciudad de Solesmes, un antiguo convento benedictino abandonado desde la Revolución Francesa. Allí, con unos pocos compañeros, comenzó a llevar la vida monacal bajo la regla de San Benito; obtuvo, en 1838, la erección canónica de la Congregación francesa benedictina, siendo luego elegido Abad de Solesmes. Tuvo, pues, la gloria de ser el restaurador en su país de una Orden que había sido completamente extinguida por la Revolución de 1789. Cuando falleció, en 1875, dejó la Orden de San Benito sólidamente establecida en Francia y con un gran esplendor.

[1] Para la redacción de estas breves notas biográficas, nos basamos en Agustino Genestout, artículo *"Guéranger, Prosper-Louis-Pascal"*, de la *Enciclopedia Cattolica*, Ciudad del Vaticano, 1951, vol. VI, cols. 1226-1227; en Dom Fernand Cabrol, en el mismo artículo del *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie*, Paris, Librairie Letouzey et Ané, 1925, tomo VI, 2ª parte, cols. 1875-1879; en Pierre Paris, el mismo artículo del *Dictionnaire Pratique des Connaissances Religieuses*, Paris, Libraire Letouzey et Ané, 1926, tomo III, cols. 616-620; y en Jacques Hourlier, el mismo artículo del *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique - Doctrine et Histoire*, Paris, Beauchesne, 1967, tomo VI, cols. 1097-1106.

Para comprender el ambiente en que vivió Dom Guéranger y las luchas que tuvo que trabar en defensa de la ortodoxia católica y de los derechos de la Santa Sede, es de gran utilidad la lectura de la serie de artículos escritos por el Profesor Fernando Furquim de Almeida sobre *Los católicos franceses en el siglo XIX*, publicados en la revista mensual de cultura "Catolicismo", San Pablo, Brasil, desde el Nº 1 (enero de 1951) hasta el Nº 80 (agosto de 1957); y especialmente el artículo *D. Guéranger, un docto en la Ley Divina*, de la misma serie, publicado en "Catolicismo", Nº 66, de junio de 1956.

Las circunstancias en que vivió, y que explican la extraordinaria importancia de su papel, están bien sintetizadas por la *Enciclopedia Cattolica*:

"Para comprender bien y valorar debidamente su fecunda actividad y sus publicaciones, no debe olvidarse que los católicos franceses estaban entonces profundamente divididos. Por un lado, los fieles a la doctrina y a la tradición de la Iglesia, enteramente sometidos al Romano Pontífice, designados bajo el nombre de ultramontanos; por el otro, los que estaban alcanzados, en mayor o menor medida, por la corriente perniciosa de los grandes errores de los siglos precedentes, o sea, el jansenismo, galicanismo, naturalismo y liberalismo. Esos errores, en el campo de la moral y de la piedad, subestimaban la acción redentora de la Gracia y amenguaban la devoción, al mismo tiempo que reducían, en el ámbito de la disciplina eclesiástica, las prerrogativas del Romano Pontífice; en Filosofía, exaltaban la razón en detrimento de la Fe, y en el campo histórico, disminuían lo sobrenatural, minimizando la intervención de la Providencia divina; finalmente, en materia política, como tenían sus orígenes en el césaro-papismo del Antiguo Régimen, además de acentuar las tendencias usurpadoras del Estado en la confrontación con la Iglesia, reconocían en la libertad un bien absoluto, viendo en ella el remedio principal, cuando no el único, para todos los males de la sociedad.

"La fe viva de Dom Guéranger -prosigue la misma Enciclopedia- *su conocimiento profundo de la historia y de las instituciones de la Iglesia, del Derecho Canónico, lo hicieron intervenir en las disensiones religiosas de su tiempo, para las que supo encontrar las soluciones sólidas de la doctrina católica, sugeridas por su límpido y seguro discernimiento. Esa absoluta fidelidad a la Iglesia Católica y a su enseñanza, que explican su excepcional fecundidad, totalmente inspirada en la defensa de la Iglesia y de sus doctrinas, fue toda la razón de ser de la vida de Dom Guéranger".*

Dom Guéranger se hizo célebre sobre todo como Maes-

tro en el campo de la Liturgia. Aliando la piedad y el amor por las tradiciones a la más estricta metodología científica, dio nuevo impulso a la ciencia litúrgica que desde el siglo anterior estaba prácticamente abandonada en Francia.

A principios del siglo XIX, gran número de diócesis francesas seguía liturgias particulares compuestas en los dos siglos precedentes, no pocas veces influidas por errores galicanos y jansenistas. Tan excesiva era esa multiplicación de ritos que en algunas diócesis estaban en vigencia seis o hasta siete misales y breviarios diferentes. Dom Guéranger realizó grandes esfuerzos para que la liturgia romana fuera adoptada unánimemente, pues veía en esa adopción un medio eficaz para combatir en la Iglesia de Francia los errores galicanos que pretendían apartarla de Roma.

Cuando inició su verdadera cruzada en pro de la liturgia romana, apenas diez o doce diócesis, en toda Francia, la adoptaron. Treinta años después, gracias al incesante trabajo del ilustre benedictino, los misales y breviarios antiguos habían desaparecido, y todas las diócesis francesas habían adoptado uniformemente la liturgia romana.

También en el campo litúrgico, Dom Guéranger tuvo un papel relevante en la restauración del canto gregoriano. Restauración cuyo centro propulsor fue la Abadía de Solesmes.

Es muy grande el número de obras escritas por Dom Guéranger, de las que destacamos aquí sólo las principales:

En el ámbito de la liturgia, publicó *Considérations sur la liturgie catholique* (1839); *De la prière pour le roi* (1830); *Les institutions liturgiques* (3 volúmenes, 1840, 1842 y 1851); y su obra más conocida, *L'année liturgique* (9 volúmenes, 1841 a 1866 -a partir de la mitad del volumen X, la obra fue proseguida por su discípulo el Rvdo. Padre Lucien Fromage, O.S.B., hasta el volumen XV) etc.

En el campo del Derecho Canónico, publicó, entre otros trabajos, *De l'élection des évêques* (1831).

También escribió sobre Historia y Arqueología sagradas: *Origines de l'Église romaine* (1837); *Histoire de Sainte Cécile*

(1849 -más tarde ampliada con el título *Sainte Cécile et la société romaine aux deux premiers siècles de l'Église)* etc.

Defendió ardientemente la Inmaculada Concepción en *Mémoire sur la question de l'Immaculée Conception de la Sainte Vierge* (1850), obra que el Papa Pío IX -el mismo que en 1854 definiera la Inmaculada Concepción como Dogma de Fe- consideró como una genuina expresión de la fe católica. Durante la realización del Concilio Vaticano I polemizó contra los católicos que en Francia trataban de impedir la definición del dogma de la infalibilidad pontificia. Con ese objetivo escribió *De la monarchie pontificale à propos du livre de Mgr. de Sura* (1870) y *Défense de l'Église romaine contre les accusations du P. Gratry* (1870). Esas publicaciones le valieron un explícito elogio de Pío IX, en el Breve *Dolendum profecto est*, del 12 de marzo de 1870.

Publicó además gran número de artículos, muchos de ellos en polémicas defendiendo los buenos principios, en el famoso diario "L'Univers", dirigido por Louis Veuillot, así como en otros medios de la prensa católica.

La enseñanza oral de Dom Guéranger -sermones, consejos, comentarios- sobre todo en los últimos años de su vida, fue objeto de numerosos apuntes tomados por sus discípulos.

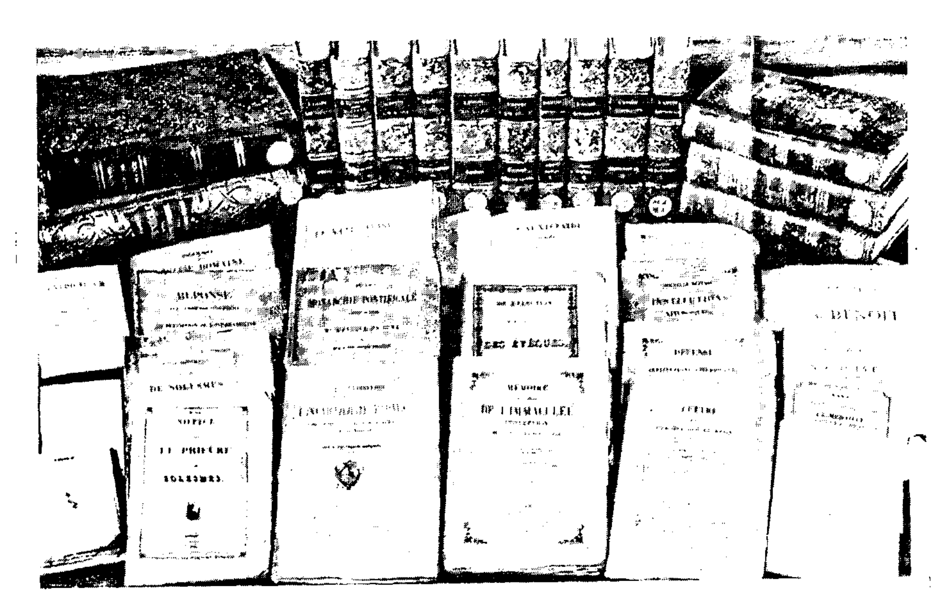
Pocas semanas después del fallecimiento del gran batallador, Pío IX hizo su panegírico en el Breve *Ecclesiasticis viris*,del 19 de marzo de 1875. Según el Pontífice, el piadoso y culto benedictino "*había empleado todos los años de su larga vida en la defensa valerosa de la doctrina de la Iglesia y de las prerrogativas del Romano Pontífice, con publicaciones de gran valor*".

La vida del insigne varón fue resumida de modo admirable en una lápida que los benedictinos de Solesmes tuvieron la oportuna idea de fijar en su Abadía, en los siguientes términos:

"*Fomentó las sanas tradiciones de la sagrada Liturgia, que estaban en decadencia; luchador incansable, defendió denodadamente los derechos de la Sede Apostólica; jamás esquivó a los autores de falsos dogmas; Doctor irreprensible, conquistó para*



Insignias abaciales de Dom Guéranger: báculo, cruz pectoral y anillo (montaje estampado en *Solesmes & Dom Guéranger*, de Dom Louis Soltner, Solesmes, 1974)



Libros y opúsculos publicados por Dom Guéranger al servicio de la Iglesia y del Papado. Los centenares de artículos que escribió para diarios y revistas llenarían otros muchos volúmenes

sí el gran loor de que los enemigos de la Iglesia fueron también sus enemigos"[2].

Una de las obras menos conocidas de Dom Guéranger es precisamente ésta que ahora traducimos: *Essai sur l'origine, la signification et les privilèges de la Médaille ou Croix de Saint-Benoît.* La primera edición de esa obra fue publicada en Poitiers, en el año 1862.

* * *

La medalla de San Benito, propagada en todo el mundo hace más de 300 años, especialmente por los monjes benedictinos, es célebre por su eficacia extraordinaria en el combate contra el demonio y sus manifestaciones; en la defensa contra maleficios de todo género, contra enfermedades, especialmente las contagiosas, contra picaduras de serpientes y otros animales ponzoñosos; en la protección de animales domésticos, vehículos, etc.

Repetidas veces aprobada y alabada por los Papas, la medalla de San Benito, que une a la fuerza exorcizante de la Santa Cruz del Redentor -la señal de nuestra salvación- el recuerdo de los méritos alcanzados por la santidad eximia del gran Patriarca San Benito, es sin duda muy indicada para los fieles católicos.

En la Argentina, la medalla de San Benito tuvo, y aún tiene, gran difusión, pero poca gente conoce su historia, el significado de las letras en ella acuñadas, los prodigios estupendos alcanzados por su intermedio, lo que hacía muy recomendable, y hasta indispensable, una edición de esta obra de Dom Guéranger.

En el Brasil, que sepamos, sólo hubo una edición, en 1872, en Río de Janeiro, bajo el título *Ensaio sobre a origem, significação e privilegios da Medalha ou Cruz de São Bento-pelo R. Pe. Dom Prospero Guéranger-Abbade de Solesme -Traduzido do fancez por um Sacerdote da Diocese de S. Sebastião do Rio de Janeiro.* La edición, hecha por el librero B. L. Garnier, tenía 227 páginas y estaba precedida por una carta de aprobación de D. Pedro María

[2] *Apud* "Catolicismo" Nº 37, enero de 1954.

de Lacerda, Obispo de Río de Janeiro, del 15 de enero de 1872.

Las notas al pie de página que creímos necesario agregar para aclarar o actualizar algún punto, van precedidas por las letras *N. T.* (nota del traductor), para diferenciarlas de las del propio Dom Guéranger.

Al publicar esta traducción de una obra clásica y rara, pero al mismo tiempo de sorprendente actualidad, la **Editorial Stella Matutina** está segura de atender no sólo una necesidad del público, sino también de contribuir a hacer todavía más conocido y honrado en la Argentina ese maravilloso instrumento que la Santa Iglesia puso a disposición de los fieles católicos: la **Medalla de San Benito.**

Prólogo del Autor

No compete al hombre emitir juicios sobre cómo actúan el poder y la bondad de Dios. En su sabiduría y providencia, Él se sirve a veces de ciertos medios sumamente simples para auxiliarnos en nuestras necesidades, a fin de enseñarnos de este modo a ser humildes y a depositar en Él una filial confianza.

El hombre de fe poco ilustrada se asombra, y hasta tiende a escandalizarse, porque no le parece que los medios usados por Dios tengan proporción con su grandeza. Pensar así, o es orgullo o es liviandad; pues el único modo de que Dios se ponga a nuestro alcance es inclinándose hasta nuestra bajeza.

¡Qué grandeza, por el contrario, revela el Señor cuando elige, como hace en los Sacramentos divinos, meros elementos materiales como intermediarios entre Él y nosotros! Así queda de manifiesto hasta qué punto es el Señor de todas las cosas, pues hasta llega a confiar el mismo elemento de su gracia a formas tan humildes y aparentemente tan vulgares. La Santa Iglesia, que está dirigida por el Espíritu Santo, se complace en imitar de lejos a Dios, y comunica la virtud divina que en Ella reside, a objetos que santifica para auxilio y consuelo del hombre.

El tema de este librito es precisamente uno de esos objetos sagrados, que, honrado con el examen y la bendición de la Iglesia, une a la virtud triunfante de la Santa Cruz, que nos salvó, el recuerdo de San Benito, uno de los más ilustres siervos de Dios. Quien ama y adora a Jesucristo, nuestro Redentor, y tiene fe en la intercesión de los Santos que están en la gloria con Cristo, sin duda ha de considerar con respeto la medalla de San Benito; y cuando oiga el relato de algunos de los muchos favores celestiales de los cuales es instrumento, dará gracias a Dios, que nos au-

toriza a servirnos de la Cruz de su Hijo amado como de un escudo de salvación, y a guardar una firme confianza en la protección de los habitantes del Cielo.

En esta modesta obra se encuentran reunidos hechos que certifican la protección particular con la que Dios se digna amparar a quienes depositan su confianza en las señales sagradas reproducidas en la medalla. Estos hechos, que no pretendemos en modo alguno calificar como milagros propiamente dichos, nos fueron atestiguados por personas que merecen nuestra entera confianza. Cabe al lector juzgar su importancia y pronunciarse sobre su alcance. Su número es muy considerable; no nos hubiera sido difícil aumentarlo todavía más, utilizando informaciones que nos llegan de todas partes; preferimos sin embargo, establecer un límite, apuntando más a la variedad de los hechos que a su número.

El único deseo que nos lleva a publicar un ensayo sobre tan delicado asunto, en una época en que el racionalismo va causando tantos estragos, es ser de utilidad a nuestros hermanos en la fe. Cuando sientan la necesidad de un socorro especial del Cielo, recurran a la medalla de San Benito, como lo hacen tantos cristianos; pueden confiar en lo que prometió Nuestro Señor, y si su fe fuere simple y viva no quedará sin recompensa.

Ensayo sobre el origen, el significado y los privilegios de la Medalla o Cruz de San Benito

Grande es el número de personas que desea informaciones seguras sobre la célebre medalla que lleva el nombre del glorioso Patriarca de los Monjes de Occidente. Diversas publicaciones, más o menos exactas, han sido difundidas sobre el tema; pero nos pareció que ninguna de ellas satisfacía las ansias del público, y juzgamos conveniente ofrecer a la piedad de los fieles un conjunto de informaciones más completo sobre un objeto que tanto aprecian. Para proceder con orden en nuestra exposición, comencemos por la descripción de la medalla.



San Benito entre San Francisco de Asis y San Bernardo
(pintura de Fra Angélico)

Capítulo I

La imagen de la Cruz representada en la medalla

Basta al cristiano considerar brevemente la virtud soberana de la Cruz de Jesucristo, para comprender la dignidad de una medalla en la cual está representada. La Cruz fue, en verdad, el instrumento de la redención del mundo; es el árbol de salvación en que fue expiado el pecado cometido por el hombre al comer del fruto del árbol prohibido. San Pablo nos enseña que la sentencia de nuestra condenación fue clavada en la Cruz, allí pagada por la sangre del Redentor[1]. En fin, la Cruz, saludada por la Iglesia como nuestra única esperanza, *spes unica*, ha de aparecer en el último día sobre las nubes del cielo como trofeo de la victoria del Hombre Dios.

La representación de la Cruz despierta en nosotros todos los sentimientos de gratitud para con Dios, por el beneficio de nuestra salvación. Después del Santísimo Sacramento, nada hay sobre la tierra más digno de nuestro respeto que la Cruz; es por ello que le tributamos un culto de adoración, que se refiere a Nuestro Señor, quien la regó con su divina Sangre.

Animados con los sentimientos de la más pura religión, los cristianos, desde el comienzo de la Iglesia, tuvieron una profundísima veneración a la imagen de la Cruz; y los Santos Padres no cesaban de alabar esta augusta señal. Cuando, después de tres siglos de persecución, Dios tuvo por bien conceder la paz a su

[1] Col 2. 14.

Iglesia, apareció en el Cielo una Cruz con estas palabras: *"Con este signo vencerás"*; y el emperador Constantino, destinatario de aquella visión que le prometía la victoria, determinó que su ejército saldría al combate, de allí en adelante, siempre bajo un estandarte que representaba la imagen de la Cruz con el monograma de Cristo; y tal estandarte fue llamado *Lábaro*.

La Cruz causa terror a los espíritus malignos, que siempre retroceden ante ella, y apenas la ven se apresuran en soltar su presa y huir. En fin, tal es para los cristianos la importancia de la Cruz y tal la bendición que lleva consigo, que desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días conservaron inviolable la costumbre de hacer frecuentemente la señal de la Cruz sobre sí mismos, y los ministros de la Iglesia siempre la emplearon sobre los objetos que su carácter sacerdotal les da el poder de bendecir y santificar.

Así pues, nuestra medalla, que representa en primer lugar la imagen de la Cruz, está en perfecta armonía con la piedad cristiana, y ya sólo por este motivo es digna del mayor respeto.

Capítulo II

La imagen de San Benito representada en la medalla

La honra de figurar en la misma medalla junto con la imagen de la Santa Cruz fue concedida a San Benito con la finalidad de indicar la eficacia que tuvo en sus manos esta señal sagrada. San Gregorio Magno, que escribió la vida del Santo Patriarca, nos lo representa disipando con la señal de la Cruz sus propias tentaciones, y quebrando con la misma señal hecha sobre una bebida envenenada, el cáliz que la contenía, quedando así patente el perverso designio de los que habían osado atentar contra su vida. Cuando el espíritu maligno, para aterrorizar a los monjes, les hace ver el Monasterio de Montecasino en llamas, San Benito desvanece ese prodigio diabólico haciendo la misma señal de la Pasión del Salvador sobre las llamas fantásticas. Cuando sus discípulos andan interiormente agitados por las sugestiones del tentador, les indica como remedio trazar sobre el corazón la imagen de la Cruz.

En su Regla determina que el hermano que acaba de leer ante el altar la obligación solemne de su profesión religiosa, estampe en la cédula de los votos la señal de la Cruz, a manera de sello irrevocable.

Los discípulos de San Benito, llenos de confianza en el poder de esa sagrada señal, realizaron por su intermedio innumerables prodigios. Basta recordar a San Mauro, que curó a un ciego; a San Plácido, quien curó a muchos enfermos; a San Richmir, libertador de cautivos; a San Wulstan, que salvó a un obrero que

caía de lo alto de la torre de una iglesia; a San Odilón, que extrajo una astilla de madera que había perforado el ojo de un hombre; a San Anselmo de Canterbury, ahuyentando espectros horribles que acosaban a un anciano moribundo; a San Hugo de Cluny, aplacando una tempestad; a San Gregorio VII, cuando impidió el incendio de Roma, etc.: todos estos prodigios y muchísimos más, referidos en las *Actas de los Santos de la Orden de San Benito*, fueron realizados con la señal de la Cruz.

La gloria y la eficacia de ese augusto instrumento de nuestra salvación fueron celebrados con entusiasmo por la gratitud de los hijos del santo Patriarca. Citemos el oficio parvo de la Santa Cruz que rezaba San Udalrico, Obispo de Augsburgo, y que se celebraba en el coro de las Abadías de San Gall, de Reichenau, de Bursfeld y otras; los poemas dedicados a la Santa Cruz por el Beato Rábano Mauro y San Pedro Damián; las admirables oraciones compuestas en su honor por San Anselmo de Canterbury. El venerable Beda, San Odilón de Cluny, Ruperto de Deutz, Exbert de Schonaugen, y muchos otros, nos dejaron sermones sobre la Santa Cruz; Eginardo escribió un libro para defender su culto, que los iconoclastas[2] combatían, y Pedro el Venerable defendió, en un tratado especial, el uso de la señal de la Cruz, ridiculizado por los petrobrusianos[3].

Un gran número de las más ilustres abadías de la Orden de San Benito fueron fundadas bajo el título de la Santa Cruz. Recordemos apenas el célebre monasterio construido en París por el obispo San Germain; en la diócesis de Meaux, el que fue erigido por San Faron; en Poitiers, la abadía de la Santa Cruz, fundada por Santa Radegunda; en Bordeaux, la que Clodoveo II construyó bajo la misma advocación; la de Metten en Baviera; la de Reichenau, en Suiza; la de Quimperlé, en nuestra Bretaña; y en Vosges, los cinco muy conocidos monasterios construidos de tal

[2] N.T.- Herejes del siglo VIII que combatían el culto de las imágenes. Fueron condenados por el II Concilio de Nicea, en el año 787.
[3] Seguidores de Pedro de Bruys, heresiarca discípulo de Abelardo que murió quemadoen 1126, en Saint-Gilles, Languedoc.

modo que forman entre sí la imagen de la Santa Cruz.

El mismo Salvador del mundo parece haber querido confiar a los hijos de San Benito, como especial favor, una considerable parte de la Cruz con la cual rescató a los hombres. Pues a su custodia fueron confiados insignes fragmentos de aquel madero sagrado. Si se reunieran delante de un cristiano todos los pedazos conservados en las diversas abadías de la Orden, ese cristiano podría alegrarse de tener delante de los ojos el instrumento de su salvación. Entre los monasterios favorecidos con tal tesoro, nombremos, en Francia, Saint-Germain-des Prés, en Paris; Saint-Denys; Santa Cruz de Poitiers, Cormery, en Touraine; Gellone, etc. Recordemos también a San Miguel de Murano, en Venecia; Sahagún, en España; Reichenau, en Suiza; en Alemania, San Ulrico y Santa Afra, en Augsburgo; San Miguel, en Hildesheim; San Trudperto, en la Selva Negra; Moelk en Austria; la célebre abadía de Gandersheim, etc.

Pero la misión más gloriosa confiada a los benedictinos para la glorificación de la Santa Cruz, fue la de llevar ese instrumento de salvación a numerosas regiones, a través de la predicación apostólica a los paganos. Fue su celo el que arrancó de las tinieblas de la infidelidad a la mayor parte de Occidente; bien se sabe cuánto debe Inglaterra a San Agustín de Canterbury, Alemania a San Bonifacio, Bélgica a San Amando, Holanda y Zelandia a San Willibrordo, Westfalia a San Switbert, Sajonia a San Ludger, Baviera a San Corbiniano, Suecia y Dinamarca a San Anscario, Austria a San Wolfango, Polonia y Bohemia a San Adalberto de Praga, Prusia a San Otón de Bamberg, Rusia al segundo San Bonifacio.

Muy resumidamente, son éstas las relaciones de la Santa Cruz con las grandes obras vinculadas a la persona y al nombre de San Benito. Por todo ello, es lícito concluir que era muy conveniente reunir en una sola medalla la imagen del santo Patriarca y la de la Cruz del Salvador.

Esto quedará aún más claro cuando consideremos lo que se narra en las vidas de los dos grandes discípulos del siervo de

Dios, San Plácido y San Mauro. Cuando realizaban sus frecuentes milagros tenían la costumbre de invocar junto con el auxilio de la Santa Cruz, el nombre de su santo Fundador, y así consagraron, desde el principio, la piadosa costumbre expresada más tarde por la medalla.

San Plácido acababa de despedirse de San Benito, para ir a Sicilia; al llegar a Capua, le piden la curación del vicario de la iglesia local. Después de largas resistencias de su humildad, consiente en imponer las manos sobre la cabeza del sacerdote, afectado por una dolencia mortal, y lo cura instantáneamente, pronunciando estas palabras: "*En nombre de Jesucristo, Señor nuestro, que por las oraciones y por la virtud de nuestro Maestro Benito, me sacó sano y salvo de las aguas, recompense Dios tu fe y te restituya la primitiva salud*".

Poco después, se le presentó un ciego, pidiendo a su vez la curación. Plácido le hace sobre los ojos la señal de la Cruz, acompañada de esta oración: "*Mediador entre Dios y los hombres, Señor Jesucristo, que descendisteis del cielo a la tierra para iluminar a los que están en las tinieblas y en las sombras de la muerte; que disteis al bienaventurado Benito, nuestro Maestro, la virtud de curar todas las dolencias y heridas, dignaos, por sus méritos, dar vista a este ciego, a fin de que él, contemplando la grandeza de vuestras obras, Os tema y Os adore como a soberano Señor*". Volviéndose enseguida al ciego, agregó: "*Por los méritos de nuestro santísimo Padre Benito, y en nombre de Aquel que creó el sol y la luna para que sirvieran de ornato al cielo, y que dio al ciego de nacimiento la vista que la naturaleza le negara, yo te ordeno: levántate y sé curado; ve a anunciar a todos las maravillas de Dios*". Y el ciego inmediatamente recobró la vista.

Podríamos relatar aún otros hechos milagrosos de la vida de San Plácido, como curaciones de enfermos y expulsiones de demonios, en los que la invocación o la memoria de San Benito, que todavía estaba vivo, se conjugaba con la utilización de la señal de la Cruz. En esos relatos, hasta los mismos enfermos reconocían y proclamaban esa misteriosa correlación.

San Mauro dejó al gran Patriarca que le ordenaba ir a las Galias para establecer su Regla. Como dijimos, una vez allí, obró numerosos milagros, realizados también por medio de la Santa Cruz, a cuya divina virtud el santo Abad tenía la costumbre de unir la invocación de San Benito. Él mismo lo afirmó, cuando después de arrancar de las garras de la muerte a uno de sus compañeros de viaje, declaró formalmente a los testigos del milagro: *"Si la Divina Majestad se dignó obrar este prodigio por el madero de nuestra redención, no es a un hombre, sino al propio Redentor a quien debe atribuirse la gloria, aunque nadie pueda poner en duda que esta gracia nos fue alcanzada de Jesucristo por los méritos de nuestro santísimo Padre Benito"*.

Los hechos prueban, pues, con evidencia, que ese modo de recurrir a la bondad divina en la Orden benedictina estuvo en uso desde sus comienzos, con pleno resultado. Todavía estaba vivo San Benito, y ya sus discípulos se dirigían a Dios en su nombre; y si entonces el Cielo bendecía la confianza en sus merecimientos, ciertamente el poder de intercesión de tal siervo de Dios había de aumentar, una vez exaltado en la Gloria.



San Benito rajó, con la señal de la Cruz, una taza de vino envenenado, con la que pretendían asesinarlo unos monjes relajados. A la izquierda, el cuervo que por orden del Santo llevó muy lejos el pan, también envenenado, con el cual un sacerdote envidioso quería eliminar al varón de Dios

Capítulo III

Los caracteres que se leen en la medalla

Además de las imágenes de la Cruz y de San Benito, la medalla trae también cierto número de letras, cada una de las cuales representa una palabra latina. Las diversas palabras reunidas tienen un sentido que manifiesta la intención de la medalla: expresar las relaciones que existen entre el santo Patriarca de los Monjes de Occidente y la señal sagrada de la redención del género humano; y al mismo tiempo, poner al alcance de los fieles un medio eficaz de emplear la virtud de la Santa Cruz contra los espíritus malignos.

Esas letras misteriosas se encuentran dispuestas en la cara de la medalla en que está representada la Santa Cruz. Examinemos, en primer lugar, las cuatro colocadas entre los brazos de dicha Cruz:

C **S**

P **B**

Significan: **Crux Sancti Patris Benedicti**; en castellano, *Cruz del Santo Padre Benito.* Esas palabras explican el fin de la medalla.

En la línea vertical de la Cruz, se lee:

C
S
S
M
L

Lo que quiere decir: **Crux sacra sit mihi lux**; en castellano, *La Cruz sagrada sea mi luz.*

En la línea horizontal de la misma Cruz, se lee:

N. D. S. M. D.

Lo que significa: **Non draco sit mihi dux**; en castellano, *No sea el dragón mi guía.*

Reuniendo esas dos líneas se forma un verso pentámetro, mediante el cual el cristiano expresa su confianza en la Santa Cruz, y su resistencia al yugo que el demonio querría imponerle.

Alrededor de la medalla existe una inscripción más extensa, que presenta en primer lugar el santísimo nombre de Jesús, expresado por el monograma bien conocido: **I. H. S.** [4]. La fe y la experiencia nos certifican la omnipotencia de ese Nombre divino. Vienen después, de derecha a izquierda, las siguientes letras:

V. R. S. N. S. M. V. S. M. Q. L. I. V. B.

Estas iniciales representan los dos versos siguientes:

Vade retro satana; numquam suade mihi vana
Sunt mala quae libas; ipse venena bibas.

En castellano: *Apártate, satanás; nunca me aconsejes tus vanidades, la bebida que ofreces es el mal: bebe tú mismo tus venenos.*

Tales palabras supónese que fueron dichas por San Benito: las del primer verso, con ocasión de la tentación que sintió y de la cual triunfó haciendo la señal de la Cruz; las del segundo

[4] En el modelo más conocido de la Medalla de San Benito el monograma I. H. S. fue reemplazado por el lema benedictino PAX (Paz). Ver al respecto la nota 25 del capítulo XIV.

verso, en el momento en que sus enemigos le presentaron una bebida mortífera, hecho que puso al descubierto bendiciendo con la señal de la vida el cáliz que la contenía.

El cristiano puede utilizar estas palabras cuantas veces fuere asaltado por tentaciones e insultos del enemigo invisible de nuestra salvación. El mismo Jesucristo Nuestro Señor santificó las palabras **Vade retro, satana** -*Apártate, satanás*- y su valor es cierto, una vez que el propio Evangelio nos lo asegura. Las vanidades que el demonio nos aconseja son las desobediencias a la ley de Dios, las pompas y falsas máximas del mundo. La bebida que el ángel de las tinieblas nos presenta es el pecado, que da muerte al alma. En vez de aceptarla, devolvámosle tan funesto presente, ya que él mismo lo escogió como herencia suya.

No es necesario explicar más detenidamente al lector cristiano la fuerza de ese conjuro, que opone a los artificios y violencias de satanás cuanto él más teme: la Cruz, el santo Nombre de Jesús, las mismas palabras del Salvador cuando fue tentado, y por último, el recuerdo de las victorias que el gran Patriarca San Benito alcanzó sobre el dragón infernal. Basta que alguien pronuncie con fe tales palabras, para sentirse inmediatamente con fuerzas para arrostrar todas las embestidas del infierno. Aun cuando no conociéramos los hechos que demuestran hasta que punto satanás teme esa medalla, la simple consideración de lo que representa y expresa, bastaría para que la consideráramos una de las más poderosas armas que la bondad de Dios puso a nuestro alcance contra la malicia diabólica.



San Gregorio Magno, Papa del 590 al 604, biógrafo de San Benito

Capítulo IV

Origen de la medalla de San Benito

Es imposible fijar con precisión la época en que se comenzó a usar la medalla que acabamos de describir[5]; pero podemos determinar las circunstancias que favorecieron su propagación y anticiparon su expresa aprobación por la Santa Sede.

En 1647, en Nattremberg, Baviera, unas hechiceras, acusadas de haber hecho maleficios contra los habitantes de la región, fueron encarceladas por orden de la autoridad pública. En la instrucción del proceso, declararon que sus supersticiosas maquinaciones siempre quedaban sin resultado en los lugares en que la imagen de la Santa Cruz estaba suspendida, o aun oculta en el suelo; agregaron que nunca habían podido ejercer poder alguno sobre la abadía de Metten, de donde concluían que tal impotencia se debía a alguna cruz que protegía aquel monasterio.

Las autoridades consultaron a los benedictinos de Metten sobre tal particularidad. La búsqueda llevada a cabo en la abadía permitió constatar que en las paredes había muchas representa-

[5] Se pretendió atribuir mayor antigüedad a nuestra medalla, interpretándo erróneamente el siguiente verso de Paulo Diácono en su himno sobre San Benito: "*Aether pluit numismata*". En realidad, tales palabras aluden simplemente a un milagro referido por San Gregorio Magno, en la vida de San Benito, cap. XXVII.

ciones de la Santa Cruz, acompañadas con los caracteres arriba indicados. Aquellas señales eran de épocas remotas, y hacía ya mucho tiempo que nadie les prestaba más atención. Cumplía explicar tales caracteres, cuyo sentido se había perdido; sólo los monjes podrían revelar la intención con que habían sido trazadas allí dichas cruces.

Finalmente, después de muchas investigaciones, se encontró en la biblioteca de la abadía un manuscrito. Era un Evangeliario, notable por su encuadernación enriquecida con reliquias y piedras preciosas, cuya primera página incluía trece versos que indicaban que el volumen había sido escrito y adornado por orden del Abad Pedro, en el año 1415. Ese mismo manuscrito transcribía, a continuación, el libro de Rábano Mauro sobre la Cruz, y varios dibujos a pluma, ejecutados por un monje anónimo de Metten. Uno de los diseños representaba a San Benito, revestido con la cogulla monástica, sosteniendo en la mano derecha un bastón terminado por una cruz. Sobre el bastón se leía este verso:

Crux sacra sit m lux n draco sit michi dux

De la mano izquierda del santo Patriarca pendía una flámula con estos dos versos:

Vade retro sathana nuq suade m vana.
Sunt mala que libas ipse venena bibas[6].

Así pues, ya en el siglo XV, San Benito era representado con una cruz; y ya existían los versos cuyas iniciales se leen hoy en la medalla. Esos versos deben haber sido, en aquella época, objeto de una devoción particular, porque se veía la imagen de la Santa Cruz en las paredes de la abadía de Metten, rodeada por las iniciales de cada una de las palabras que los componen. Se debe reconocer que la piadosa intención que había inspirado la erección de aquellas cruces había caído en el olvido, y poco caso se había hecho del precioso Evangeliario cuya descripción hacemos

[6] La descripción del manuscrito de Metten fue publicada en 1721 por el docto Dom Bernardo Pez, en el tomo primero de su *Thesaurus Andedoctorum novissimus*, donde mandó grabar el diseño que comentamos.

siguiendo a Dom Bernardo Pez, hasta que una circunstancia inesperada llevó a los religiosos a buscar la interpretación de los misteriosos caracteres. Tal incuria es más que explicable a causa de las vicisitudes atravesadas por los monasterios alemanes más de un siglo antes, como consecuencia de las agitaciones religiosas y políticas de que fuera teatro la región, y que provocaron la destrucción de muchos de ellos, dejando otros en estado próximo a la ruina.

Si ahora quisiéramos investigar en qué época se comenzó a representar a San Benito con la Santa Cruz, podríamos descubrir algún origen de esa costumbre en los hechos tan característicos que citamos de las vidas de San Plácido y San Mauro, primeros fundadores de las tradiciones de la Orden. Vemos allí que ambos realizaron sus obras milagrosas asociando al poder de la Santa Cruz los méritos de su maestro San Benito.

Por otro lado, un hecho narrado en la vida del Papa San Léon IX, quien gobernó a la Iglesia de 1049 a 1054, nos traerá alguna luz para el esclarecimiento de la cuestión. Ese santo Pontífice, nacido en 1002, tuvo al principio el nombre de Bruno, y fue confiado, de pequeño, al cuidado de Bertoldo, obispo de Toul. Sucedió que, habiendo ido a visitar a sus padres al castillo de Eginsheim, en la noche del sábado al domingo, mientras dormía en el cuarto que le habían preparado, un sapo horrible se instaló sobre su rostro. El inmundo animal apoyaba sus patas delanteras sobre la región de la oreja y debajo del mentón, y apretaba con fuerza el rostro del joven, chupándole la piel. La presión y el dolor despertaron a Bruno. Aterrado con el peligro, se levantó inmediatamente del lecho, y sacudió con un movimiento de la mano el horrendo bicho, que pudo distinguir perfectamente a la luz de la luna.

Al verlo, soltó un grito de terror; acuden muchos criados, trayendo luces; pero a su llegada, desaparece el bicho venenoso. En vano buscan su rastro: todos los esfuerzos son inútiles. Quedó pues, la duda sobre si la aparición del monstruo había sido real o imaginaria; pero no por ello las consecuencias de su paso fueron

menos crueles. Bruno sintió enseguida una inflamación dolorosa en el rostro, en la garganta y en el pecho; y su estado de salud no tardó en inspirar los más vivos temores.

Durante dos meses, sus padres desolados rodearon su lecho, esperando cada día ver llegar su último momento; Dios, sin embargo, que lo reservaba para la salvación de la Iglesia, quiso poner término a su aflicción, restituyéndole la salud. Hacía ocho días que había perdido el habla, cuando, de repente, sintiéndose totalmente despierto, vio una escalera luminosa que partía de su cama, y atravesando la ventana del cuarto, parecía subir hasta el cielo. Por esa escalera bajó un venerable anciano, revestido con el hábito monástico y circundado de brillante esplendor. Traía en la mano derecha una cruz colocada en la punta de un largo bastón. Llegado junto al enfermo, apoyó la mano izquierda en la escalera y con la cruz que llevaba en la derecha tocó el rostro de Bruno y luego las otras partes inflamadas. Esos toques hicieron salir el veneno por una abertura que se formó inmediatamente en la región de la oreja. Y dejando al enfermo ya aliviado, el anciano se retiró, siguiendo el mismo camino por donde había venido.

En el mismo instante, Bruno llama a Adalberón, su capellán, lo invita a sentarse en su cama y le cuenta la feliz visita que acababa de recibir. A la desolación que reinaba en la casa, sucedió la más viva alegría; pocos días después, la llaga había cicatrizado y Bruno gozaba de perfecta salud. Durante todo el resto de su vida, le gustaba narrar el milagroso acontecimiento; y el archidiácono Viberto, autor del relato que acabamos de reproducir, atestigua que el Pontífice había reconocido, en la persona del venerable anciano que lo había curado con el contacto de la Cruz, al glorioso Patriarca San Benito[7].

Tal es la narración que leemos en las *Actas* de San León IX, reproducidas por Dom Mabillon en su *Sexto Siglo Benedictino*. Esta narración nos posibilita hacer dos conjeturas de igual verosimilitud. En primer lugar, parece correcto pensar que si San Bruno reconoció a San Benito cuando se le apareció con la Cruz

[7] Mabillon, *Acta Sanctorum Ordinis S. Benedicti, saeculum VI.*

en la mano, fue porque ya entonces se acostumbraba representar al santo legislador portando la señal de la salvación del mundo; en segundo lugar, al haberse dado el acontecimiento referido con un hombre destinado a una influencia tan grande, y que profesó tan alto reconocimiento al santo Patriarca que lo había curado por medio de la Cruz, esto forzosamente ha de haber contribuido - sobre todo en Alemania, donde San León IX pasó la mayor parte de su vida- para originar o al menos confirmar la costumbre de representar a San Benito con la Cruz, que en sus manos fuera instrumento de tantas maravillas.

El manuscrito de la abadía de Metten es uno de los documentos de esa práctica, y los versos que acompañaban la efigie del santo Patriarca no eran simplemente obra ignorada del copista, sino una fórmula ya honrada por cierta celebridad, puesto que sólo las iniciales de cada una de las palabras que los componen se hallaban pintadas en diversos lugares de la abadía de Metten, alrededor de la imagen de la Cruz; y eso desde un tiempo tan remoto que, en 1647, ya se había perdido el significado de los caracteres.

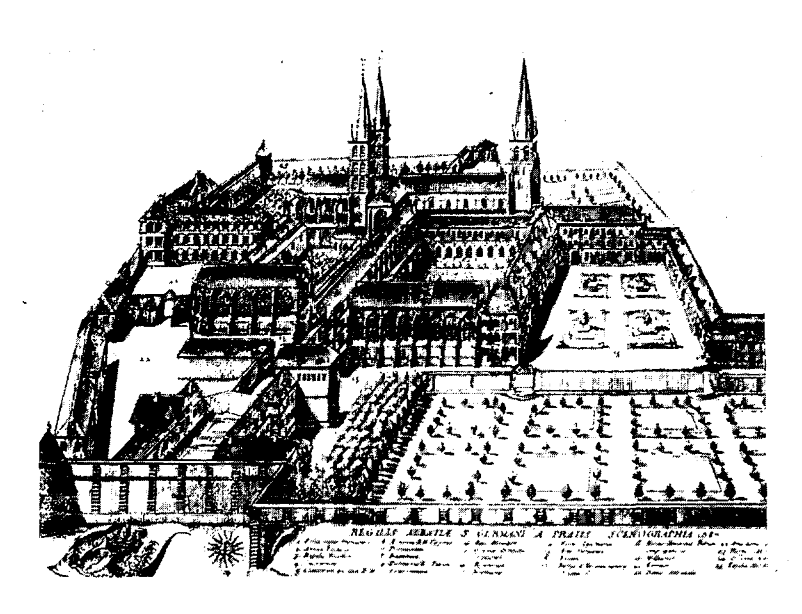
El suceso de Nattremberg despertó la devoción de los pueblos a San Benito representado con la Santa Cruz. Desde entonces la piedad comenzó a multiplicar y propagar los augustos símbolos que se encuentran reunidos en la medalla, a fin de que los fieles pudieran gozar de la protección prometida a los que veneraran la Santa Cruz en unión con el santo Patriarca de los Monjes de Occidente. Al instrumento de la salvación y a la efigie de San Benito se unieron los caracteres cuya explicación se encontraba en el manuscrito de Metten. De Alemania, donde se acuñó primeramente, la medalla, considerada por los fieles como una defensa segura contra los espíritus infernales, se difundió con rapidez por toda la Europa católica. San Vicente de Paul, fallecido en 1660, parece haberla conocido, pues todas las Hermanas de la Caridad desde tiempos inmemoriales la traen en su rosario, y durante muchos años, en Francia, la medalla se acuñó exclusivamente para el uso de estas religiosas.



San Benito exorcizó con la señal de la Cruz el demonio
que impedía la remoción de una piedra



San Plácido obró milagros, aún en vida de San Benito, por medio de l[a] Santa Cruz e invocando los méritos de su Padre y Fundador. La ilustración alude al martirio de San Plácido, en Sicilia



Abadía de Saint-Germain-des-Prés (París), donde se conserva una preciosa reliquia de la Santa Cruz

Capítulo V

Uso de la medalla de San Benito

Después de haber descripto la medalla de San Benito y narrado su origen, expliquemos ahora cuál es su uso y el socorro que puede proporcionarnos. No ignoramos que en este siglo mucha gente considera que el demonio es más bien un ser imaginario y no real; y así, puede parecer extraño que se acuñe y se bendiga una medalla, empleada como protección contra los ataques del espíritu maligno. Sin embargo, las Sagradas Escrituras nos ofrecen innumerables pasajes que dan una idea del poder y la actividad de los demonios, así como de los peligros de alma y cuerpo a que estamos continuamente expuestos por efecto de sus celadas. Para aniquilar su poder no basta ignorar a los demonios y sonreír cuando se oye hablar de sus operaciones. No por eso dejará de continuar el aire siempre lleno de legiones de espíritus de malicia[8], conforme enseña San Pablo; y si Dios no nos protegiese, aunque casi siempre sin que lo sintamos, por el ministerio de los Santos Ángeles, sería para nosotros imposible evitar las innumerables celadas de estos enemigos de toda criatura de Dios. No hay por qué insistir más sobre este punto, pues vemos reaparecer en nuestros días las prácticas imprudentes y culpables, usadas otrora por los paganos, a través de las cuales un espíritu maléfico y

[8] Ef 2, 2; 6, 12.

engañador viene a dar la respuesta esperada; así como las evocaciones de difuntos, los oráculos y otros prodigios con que satanás conservó tantos siglos a los hombres esclavizados bajo su yugo.

Ahora bien, el poder de la Santa Cruz contra satanás y sus legiones es tal, que la podemos considerar un escudo invencible que nos hace invulnerables a sus flechas. El mismo Salvador nos presenta, como figura de su Cruz, la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto a fin de curar las picaduras de las serpientes de fuego[9]. La señal trazada por los israelitas sobre las puertas de sus casas con la sangre del cordero pascual los preservó de la temible visita del Ángel exterminador[10]. El profeta Ezequiel designa como elegidos de Dios a aquellos que lleven impreso en la frente el *Tau*[11]; y es ésa la señal que San Juan llama, en el Apocalipsis, la señal del Cordero[12].

Parece que hasta los paganos tenían noción del poder que un día habría de ejercer esta señal sagrada en contra de los demonios; pues cuando se demolió en Alejandría el templo de Serapis, en el reinado de Teodosio, se halló grabado en sus cimientos el *Tau*, imagen de la Cruz, venerado por los gentiles como símbolo de la vida futura; y los mismos adoradores de Serapis decían que según una tradición muy difundida entre ellos, la idolatría tendría fin cuando aquel símbolo se manifestara en pleno día.

La historia nos enseña que, más de una vez, los misterios paganos perdieron su fuerza a causa de la señal de la Cruz hecha por un cristiano, oculto entre la multitud. Y según afirma Tertuliano en su *Apologética*, hubo hasta infieles que llegaban a recurrir a aquella misteriosa señal contra los maleficios e insultos de los demonios, dando así testimonio de las maravillas que los cristianos obraban por medio de la Cruz. San Agustín atestigua que todavía en su época se daban hechos semejantes, y eso, decía, "*no debe asombrarnos. Son, es verdad, personas ajenas a noso-*

[9] Jn 3, 14.
[10] Ex 12, 13.
[11] Ez 9, 4.
[12] Ap 9, 4.

tros, que todavía no se alistaron en nuestra milicia, pero es el poder del soberano Rey el que se manifiesta en tales ocasiones"[13].

Después del triunfo de la Iglesia, el gran doctor San Atanasio, así expresaba su convicción y sus esperanzas respecto de tan importante virtud: *"La señal de la Cruz*, decía, *tiene la virtud de confundir todos los grandes secretos de la magia, y de reducir a la nada sus funestos hechizos. Quien quiera, ¡experiméntelo! Emplee, contra los prodigios de los demonios, de la magia, de la impostura de los oráculos, la señal de la Cruz; invoque el santo Nombre de Cristo, y verá por sí mismo el terror con el que huyen los demonios a la vista de aquella señal y de aquel Nombre, cómo se callan sus oráculos y pierden su valor la magia y sus filtros"*[14].

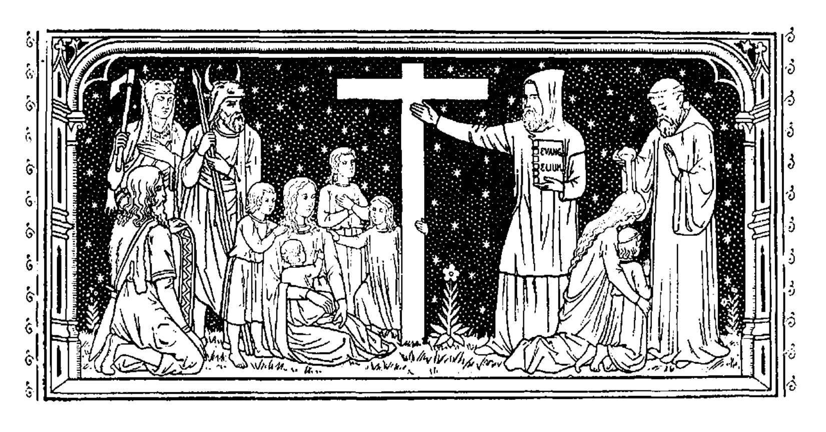
Ese poder de la Cruz es pues una verdad histórica y al mismo tiempo un dogma de nuestra religión; si no la invocamos frecuentemente, y si no recibimos su socorro, sólo debe atribuirse a la debilidad de nuestra fe. Por todos lados nos rodean las celadas de satán; estamos continuamente expuestos a peligros para el alma y el cuerpo; a ejemplo, pues, de los primeros cristianos, armémonos más a menudo con la señal de la Cruz. Reaparezca la Cruz para protegernos en nuestros campos y ciudades, en el interior de nuestros hogares como en los lugares públicos, en nuestro pecho como en nuestro corazón.

Aplicando estas consideraciones al objeto de nuestro opúsculo concluimos cuán ventajoso resulta emplear con fe la medalla de San Benito en las ocasiones en que más temamos los embustes del enemigo. Su protección, no lo dudemos, será eficaz contra todo tipo de tentaciones. Numerosos e innegables hechos señalaron su poderoso auxilio en miles de circunstancias en las cuales, o por acción espontánea de satanás, o por efecto de algún maleficio, los fieles estaban a punto de sucumbir ante un peligro

[13] *De diversis quaestionibus*. Quest. LXXXIX.
[14] *De Incarnatione Verbi*. Cap. XLVIII.

inminente. Podremos igualmente emplearlo a favor de otros, como medio de preservación o de liberación, en previsión de los peligros que deban afrontar.

A menudo nos amenazan accidentes imprevistos, en tierra o en mar; si llenos de fe llevamos con nosotros la medalla, seremos protegidos. No hay circunstancias de la vida humana, por más materiales que fueren, en que ya no se haya manifestado por su intermedio, la virtud de la Santa Cruz y el poder de San Benito. Así, espíritus malignos, en su odio contra el hombre, embisten contra los animales empleados en su servicio, contra los alimentos que deben sustentar la vida; su intervención maléfica es muchas veces la causa de las enfermedades que padecemos; ahora bien, prueba la experiencia que el uso religioso de la medalla, acompañado por la oración, opera muchas veces el cese de las celadas satánicas, y un notable alivio en las enfermedades, y a veces hasta una curación completa.



Grandiosa fue la obra civilizadora y misionera ejercida por San Benito
sobre los pueblos bárbaros de Europa, por medio de sus hijos
benedictinos. No hay nación europea que no
haya sido beneficiada por esa obra colosal



Frontispicio del primer volumen de los *Anales de la Orden de San Benito* de Dom Jean Mabillon (1703). Esa obra clásica narra la maravillosa cura de Bruno (más tarde Papa San León IX) ocurrida en el siglo XI mediante un milagro de San Benito

Capítulo VI

Efectos maravillosos de la medalla de San Benito en el siglo XVII

Como vimos, la medalla de San Benito sirve para auxiliar a los fieles necesitados en muy frecuentes ocasiones; pero como casi siempre se usa de manera privada, y a veces ocultamente, no es de extrañar que todavía no se haya publicado una relación oficial de los efectos saludables que ha producido. No obstante, presentaremos algunos hechos que manifiestan su benéfica acción, dando preferencia a los que se refieren a la época de su primera introducción en Francia. Fueron reunidos por el piadoso y erudito Bucelino, en su *Benedictus redivivus*[15].

La medalla penetró en Francia a través del Franco Condado. Con anterioridad, se había propagado ampliamente en Alemania, después de lo sucedido en Nattremberg. En 1665, en Luxeuil, un joven poseído por un espíritu maligno era atormentado de modo crudelísimo. Sus padres ya habían intentado todos los medios para arrancarlo de aquel estado, y todos se habían revelado inútiles. Como último recurso, se acordaron de la medalla

[15] Veldkirk, 1679, pp. 267-269.

de San Benito. Dieron a beber al joven un poco de agua en la que habían sumergido el objeto sagrado. Apenas el joven llevó la bebida a los labios, el demonio comenzó nuevamente a atormentar a su víctima con tan extraordinario furor, que inspiró terror a todos los presentes. Pero enseguida los padres del poseso empezaron a tranquilizarse, pues oyeron decir al demonio, por boca del poseso, que se sentía dominado por un poder superior, y que saldría del cuerpo del muchacho a las tres de la madrugada. El aviso era cierto, pues el enemigo infernal salió a la hora anunciada, y el joven recuperó la paz del alma y la salud del cuerpo.

El episodio siguiente también sucedió en Luxeuil en la misma época. Una joven estaba dominada por el espíritu maligno de un modo tan irresistible, que su lengua no cesaba de proferir palabras obscenas. Hubiérase dicho que el demonio había establecido su morada en los labios de aquella víctima. Para librarla de la violencia que le hacía el enemigo de toda virtud, le dieron a beber, a su vez, agua santificada por el contacto con la medalla de San Benito: inmediatamente cesó la opresión en que vivía, y desde entonces nunca más violó en sus conversaciones las reglas de la moral cristiana.

En el mismo año de 1665, un hombre tenía en el brazo una llaga tan grande y tan envenenada, que no cedía ante ningún remedio. Se tuvo la idea de colocar la medalla de San Benito sobre el brazo enfermo, junto con el curativo habitual. Al día siguiente, al remover el vendaje, la llaga estaba con mejor aspecto, y al cabo de algunos días cicatrizó completamente.

Por la misma época, otro enfermo llegó a un estado tan desesperado, que los socorros de la medicina eran impotentes para aliviarlo. Llegado a ese extremo, manifestó deseos de beber un poco del agua en que había estado sumergida por algunos momentos la medalla, y en poco tiempo recobró una perfecta salud.

En 1666, el castillo de Maillot, situado a algunas leguas de Besançon, estaba infestado por demonios. Los moradores sufrían continuos sustos a causa de los extraños rumores que se oían; hasta los animales eran diezmados por dolencias desconocidas.

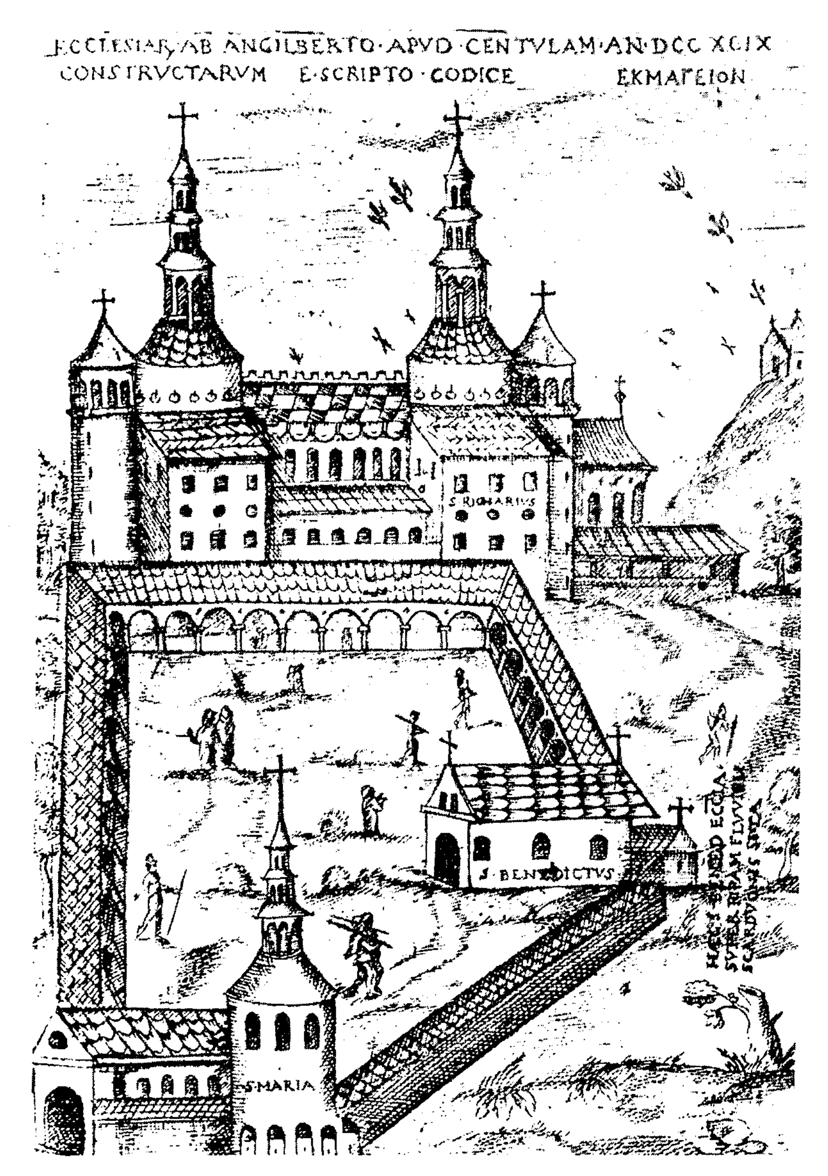
Tan grande llegó a ser el miedo, que finalmente el edificio fue abandonado. Algunas personas piadosas sugirieron entonces que se colgara en diversos lugares, de las paredes del castillo, la medalla de San Benito. La confianza de esas personas era justificada, pues la causa de tantos terrores desapareció instantáneamente; la paz volvió a la residencia y desde entonces sus habitantes pudieron vivir allí sin más sobresaltos.

En 1665, una aldea de Lorena se veía azotada por frecuentes incendios; cada día alguna nueva casa era destruida por las llamas y nadie podía determinar la causa de aquellos siniestros. Ya doce casas se habían quemado sucesivamente, cuando, desesperados, los habitantes del lugar fueron a pedir socorro a una abadía próxima.

Allí les dieron unas medallas de San Benito, y les aconsejaron colgarlas de las paredes de las casas todavía indemnes. Los pobladores de la aldea siguieron exactamente el consejo, y a partir de allí sus moradas ya no temieron los incendios que tantos estragos habían causado.

En la región de Borgoña se propagaba en el ganado una epidemia tan violenta que las vacas, en vez de leche, daban sangre. Pero los animales recuperaron la salud cuando se les dio a beber agua en la que se había sumergido la medalla de San Benito. Ese hecho también sucedió en el año 1665.

El propietario de una fábrica de lozas se quejaba de no poder cocer su barro, por mayores que fueran los cuidados de sus empleados para calentar el horno; clavaron en sus paredes la medalla de San Benito; desde entonces el fuego adquirió nuevamente toda su eficacia, y nunca más reapareció el fenómeno maléfico. Este hecho ocurrió más o menos en la misma fecha que el anterior.



El célebre monasterio de Saint-Riquier (siglo IX)

Capítulo VII

Efectos de la medalla de San Benito en el siglo XIX Curas alcanzadas

El feliz impulso, que de algunos años a esta parte, imprimió la gracia divina en los católicos franceses, reanimando en gran número de ellos el sentido de lo sobrenatural, hizo revivir la confianza en las santas devociones que tan preciosos socorros proporcionaron a nuestros padres. La medalla de San Benito, hasta hace poco casi un secreto compartido apenas por algunas almas piadosas, se volvió un recurso habitual para muchos cristianos. Y su confianza fue recompensada por nuevas manifestaciones de la protección divina.

Pasaremos a narrar algunas de ellas, comenzando por las que se refieren a la curación de las enfermedades corporales.

En los primeros días de julio de 1843, una señora que se trataba en las aguas de Néris fue súbitamente atacada por una fuerte hemorragia nasal. Llamado el médico, reconoce el peligro del caso, pero los remedios que receta para frenar la hemorragia parecen reactivarla todavía más. Tres días después, hacia las nueve de la noche, aumenta visiblemente el peligro, y el médico no

puede dejar de manifestar una viva preocupación. La dueña de la hostería sale afligida del cuarto de la enferma, y como por inspiración, pregunta si alguien tenía la medalla de San Benito. Por fortuna, aparece una en la hospedería; la enferma, mujer de fe viva, acepta la medalla y la sangre para de inmediato. Enseguida se lava las manos y el rostro y se prepara para dormir, cosa que durante tres días y tres noches no pudiera lograr. Vuelta a su casa, la persona que había dado la medalla encontró una carta datada de Roma el día 3 de julio de 1843, en la cual se le decía: *"Todavía no pude encontrar el libro del benedictino de Praga*[16]*; pero le envío un folleto sobre el mismo tema, que me dieron los benedictinos de Roma"*. Pues bien, en la enumeración que este folleto hace de los efectos milagrosos de la medalla de San Benito, se lee, entre otros: *"VII - rimedio efficacissimo pel jetto di sangue"*[17].

Más o menos por la misma época, una joven atacada de fiebre tifoidea, estaba obligada, desde hacía ya unos diez días, a permanecer sentada en un sillón, sin poder soportar la posición horizontal en la cama. A las nueve de la noche, un amigo de la familia, que había ido a visitarla, le habló de las medallas de San Benito y dejó caer una en el pañuelo. No habían pasado cinco minutos y ya la enferma se extendía sobre el lecho y al día siguiente, después de una noche de sueño profundo, se sintió liberada de la fiebre terrible que hasta entonces había resistido a todos los recursos médicos.

En enero de 1849, en T..., el Rvdo. Padre P..., de la Compañía de Jesús, se presenta en la casa de una persona pidiendo auxilio para un dolor de dientes insoportable. Le hablan de la medalla de San Benito; y después de algunas palabras de explicación, el enfermo acepta una. Al tocarla, da un grito como si le

[16] Se trata del libro de Dom Bennon Löbl, Abad de Santa Margarita de Praga, titulado *Disquisitio sacra numismatica, de origine, quidditate, virtute, pioque usu Numismatum seu Crucularum S. Benedicti, Abbatis. Viennae Austriae, apud Leopoldum Kalivoda, 1743*. Poseemos esta obra y la consultamos para la redacción del presente opúsculo.

[17] Remedio eficacísimo para las pérdidas de sangre.

hubiesen arrancado el diente, y articula claramente estas palabras: *"Se me quebró el diente"*. Lleva de inmediato los dedos a la boca, y verifica que el diente está en su lugar y que el dolor había desaparecido.

En 1858, un benedictino de la abadía de San Pablo, en Roma, sabiendo que un niño ahijado suyo, estaba gravemente enfermo en Juliers, en la Prusia Renana, hizo llegar a la madre una medalla de San Benito. Una violenta inflamación del pecho, acompañada por agudos dolores de estómago, había llevado gradualmente al pequeño al borde de la tumba. Una noche, viéndolo reducido al último extremo y próximo a expirar, la madre se acordó, súbitamente, de aplicarle la medalla recibida poco antes. Fuera de sí y trémula, la coloca sobre el pecho del niño y se postra de rodillas junto al lecho, en fervorosa oración. Inmediatamente el pobre niño se adormece tranquilo, y después de unas horas de agradable sueño, se levanta, lleno de vida y curado del mal que hasta entonces resistiera a todos los recursos terapéuticos.

En ese mismo verano de 1858, el cólera producía estragos en Tívoli, y cerca de Subiaco un hombre padecía atroces dolores. En pocas horas la terrible dolencia avanzó tanto, que se llamó con urgencia al párroco para que le administrara los últimos Sacramentos. Antes que llegase el sacerdote, el peligro se agravó a tal punto que el enfermo se juzgó perdido y cayó en la más profunda atonía, producida por la violencia del mal. De repente volvió en sí, y sintiendo de nuevo sus padecimientos, al apretarse fuertemente con las dos manos el estómago, revuelto por los más violentos espasmos, tocó la medalla de San Benito que llevaba puesta habitualmente. Invocó al santo, a quien tenía gran veneración. En el mismo instante se calmaron los dolores; enseguida se levantó de la cama, y al ver llegar al párroco jadeante, cubierto de polvo y sudor, le dijo: *"Padre, estoy curado"*; y mostrándole la medalla, agregó: *"¡Esto es lo que me salvó!"*. Ese hombre se presentó poco después en la abadía de los benedictinos de San Pablo de Roma con los certificados del sacerdote y del médico que aseguraban la veracidad del milagro.

En febrero de 1861, una colonia de benedictinos, enviada por la misma abadía de San Pablo de Roma, fue a establecerse cerca de la ciudad de Clèves, en la Prusia Renana. Un mes más tarde fue necesario construir una cerca alrededor del pequeño jardín del monasterio. Un obrero, que trabajaba en la iglesia regida por los benedictinos, se ofreció para ir a comprar la madera necesaria y con ese objetivo se dirigió al lugar donde se cortaban las maderas de propiedad del gobierno. Cargó en su carreta gran cantidad de gruesos troncos, y se dispuso a emprender el regreso al monasterio. En el momento en que la carreta empezaba a moverse, todavía se encontraba detrás de ella, y no alcanzó a retirarse a tiempo cuando uno de los troncos, mal agarrado, rodó por tierra, aplastándole la pierna derecha.

El herido fue transportado a su casa. El Prior del monasterio, al tomar conocimiento de la triste noticia, exclamó: *"Si se hirió mientras servía a San Benito, pues entonces San Benito ha de curarlo"*. Uno de los religiosos contó estas palabras al enfermo, quien ya había pensado en valerse de la medalla que nunca abandonaba. La colocó sobre la pierna horriblemente herida, y la ató. Poco después, se dormía profundamente. Al despertarse al día siguiente, ya tarde, se levantó sin ninguna dificultad y la pierna no presentaba más señales del terrible accidente de la víspera.

En 1861, en la casa llamada San Benito, en Chambéry, una hermana sentía desde hacía tres meses fuertísimos dolores en las piernas, consecuencia de un golpe de aire y de un agotamiento extraordinario. No se decidía a revelar sus padecimientos y hasta entonces no había tomado ningún remedio. Se le ocurrió hacer una novena en honor a San Benito, empleando la medalla con el fin de alcanzar la protección del santo Patriarca. Durante la novena, aplicaba la medalla sucesivamente en una y otra pierna, invocando el socorro de San Benito; y en cada oportunidad sus dolores se calmaban. Al mismo tiempo, continuaba desempeñando en la casa el trabajo muy pesado que estaba a su cargo. Como con la primera novena sólo había conseguido alivios intermitentes, resolvió comenzar una segunda, que fue coronada con todo éxito,

haciendo desaparecer totalmente la enfermedad. Esa misma hermana, en otra ocasión en que padecía una oftalmía, recurrió al medio que tan buen resultado le diera, y después de lavarse los ojos con agua en la que había sumergido la medalla, se le calmó la inflamación, y en poco tiempo recuperó la visión normal.

En una localidad de Saboya, más o menos por la misma época, una niña de seis años estaba atormentada con agudísimos dolores. Sus nervios se habían contraído a tal punto que no podía tocársela con la punta del dedo sin que sintiera dolores fuertísimos. En ese estado, ya no podía tolerar ningún tipo de comida o bebida. Agotada la ciencia de los médicos, los padres de la pequeña habían perdido totalmente la esperanza de conseguir su curación. Dos hermanas de la casa de San Benito de la que acabamos de hablar, fueron a visitar a la niña, para llevar algún consuelo a la madre. A la vuelta, se acordaron de la medalla de San Benito. Al instante le enviaron una, recomendando que la colocaran en el cuello de la niña, y que intentasen hacerle tragar algún líquido en que se hubiera sumergido la medalla. La madre de la niña cumplió fielmente la piadosa prescripción e inmediatamente la pequeña comenzó a sentirse notablemente aliviada. Al cabo de algunos días se levantaba perfectamente curada.

Un año antes, en la misma región, una mujer atacada de fiebre eruptiva después de un parto, y otra en peligro de muerte a causa de una hidropesía de pecho, se curaron empleando ese mismo método, o sea, tomando una bebida en la que se había sumergido una medalla de San Benito.

En el condado de Westmoreland (Pennsylvania), en agosto de 1861, una de las hijas de una mujer católica, la Sra. X..., se vio atacada repentinamente por una violenta difteria. El mal que había comenzado al caer la noche, se fue agravando de hora en hora, y causaba cada vez mayor inquietud, sobre todo por lo difícil que resultaba encontrar un médico en las montañas de aquella región. El más cercano vivía a unas cuatro leguas de distancia. La madre de la niña confiaba mucho en la protección de San Benito, cuya medalla tenía. Se le ocurrió entonces sumergirla en un vaso

de agua, para dársela a beber a la niña. Inmediatamente puso en práctica la religiosa inspiración. La niña tomó el agua santificada por el contacto con la medalla, y al amanecer del día siguiente se encontraba completamente fuera de peligro.

En los primeros meses del año 1863[18], en Montigny-le-Roy, una mujer sufría un dolor de oídos que desde hacía largo tiempo la atormentaba cruelmente. A veces le salía por las orejas sangre coagulada y materias purulentas, lo que bienprueba el mal estado del oído. La pobre mujer se había vuelto incapaz de trabajar, a causa de la sordera contraída. Al recibir una medalla de San Benito, la colocó en la almohada y rezó un Padre Nuestro y un Ave María en honor del santo Patriarca. Un minuto después ya estaba curada por completo y oía perfectamente.

En el mismo año, en Andabres (Hérault), la Srta. R. G. estaba amenazada por la aparición de un tumor canceroso en la cabeza, que se había manifestado dos años antes. Se le había formado una glándula dolorosa, resistente a todos los procesos curativos empleados. Una noche, antes de acostarse, la joven tuvo la idea de ponerse una medalla de San Benito en la cabeza, encomendándose al santo Patriarca. Se durmió profundamente y al día siguiente, al sacar la medalla, se dio cuenta de que la glándula había desaparecido totalmente.

En Limoges, en 1864, en la casa de las Hermanas de San José, una postulante le mostró a una de las superioras el brazo, que denotaba la presencia de un cuerpo extraño. Sentía agudos dolores, lo que hacía presumir que fuera la aguja de una abeja; y de hecho, al mover el brazo, se comprobaba que no podía ser otro el objeto introducido. Mandaron llamar a un médico, esperando que con una incisión liberaría a la enferma. Pero, de repente, antes de la llegada del médico, la enfermera se acordó de la medalla

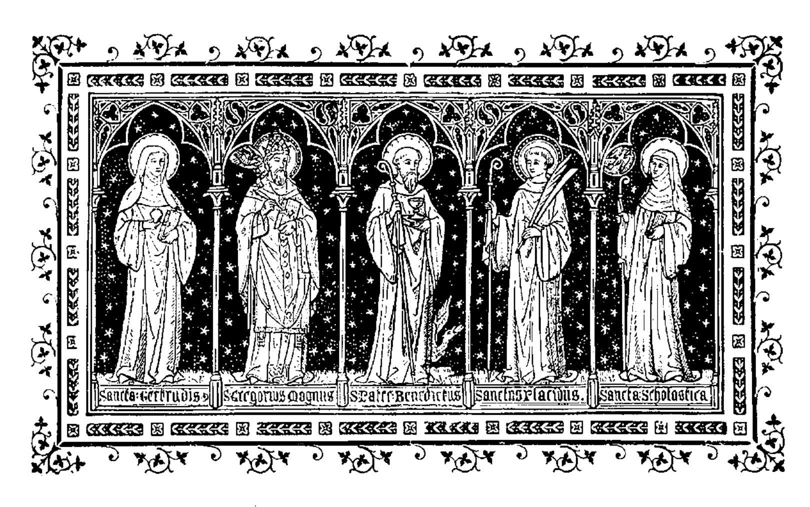
[18] N. T. No se extrañe el lector de que algunos piadosos episodios narrados en este libro hayan ocurrido después de la publicación de la primera edición, en 1862. Esos hechos, que traducimos de la 12ª edición, de 1899, fueron agregados, con toda seguridad, por Dom Guéranger o por alguno de sus hijos espirituales y continuadores, en las reediciones de la obra.

de San Benito. La aplicó inmediatamente sobre el brazo enfermo, y después de rezar en común cinco Padre Nuestros y cinco Ave Marías, seguidas por la invocación a San Benito, la postulante preguntó: *"¿Y si trato de hacer salir la aguja?"* *"Inténtelo"*, respondió la enfermera. Los esfuerzos fueron completamente inútiles y sólo tuvieron como resultado aumentar el sufrimiento. Entonces dijo la enfermera: *"Presione de un lado con la medalla"*. La hermana obedeció; y apenas había presionado de un lado del brazo, la aguja apareció del otro, y así se consiguió extraerla fácilmente y sin dolor. Cuando el médico llegó, ya no tenía nada que hacer.

En Montauban, en 1865, una señora enferma estaba en cama sin poder moverse desde hacía dos años y medio, y todo llevaba a creer que quedaría paralítica para el resto de la vida. Un día en que le habían llevado la Sagrada Comunión, una Hermana de la Caridad que estaba de visita, le colocó con dificultad la medalla de San Benito entre los dedos, y consiguió con grandes esfuerzos llevar la mano de la enferma al pecho, esperando que el contacto con ese objeto sagrado pudiera producir algún efecto benéfico. De inmediato la enferma sintió una viva conmoción en todo su ser, comenzó a transpirar abundantemente, y dejó escapar de sus labios estas palabras: *"Estoy curada"*. Enseguida volvió el movimiento a sus miembros, se levantó con presteza, quitándose las frazadas que durante tanto tiempo la habían envuelto, y se vistió con la ropa que usaba antes de caer enferma. Al día siguiente se dirigió a la iglesia a fin de agradecer a Dios la cura repentina.

En S..., en la diócesis de Mans, en 1868, una señora sufría dolores agudísimos, motivados por una neuralgia en la cabeza, causada por un diente en mal estado. Se habían intentado todos los remedios habituales sin que produjeran efecto alguno. La enferma recurrió entonces a la medalla de San Benito, y la conservó apoyada sobre la cara, pero sin sentir ningún alivio. Cerca de media hora más tarde, con la medalla siempre sobre el rostro, recibe la visita de un vecino y le expresa, con voz entrecortada,

cuán insoportables eran sus sufrimientos. La visita, compadecida, le sugiere que un poco de aguardiente, conservado en la boca, tal vez pudiera aliviar algo el dolor; y como no había aguardiente en la casa, manda una persona a buscarla a toda prisa, a la suya. No había llegado al umbral de la puerta cuando el dolor cesa súbitamente, y desde esa ocasión el dolor ya no retornó. San Benito, cuya medalla había sido empleada sólo después de los auxilios médicos, no permitió que un medio material reemplazase el empleo del glorioso emblema de su poder, y curó instantáneamente a la enferma.



Santos de la Orden benedictina: Santa Gertrudis, San Gregorio Magno, el Fundador San Benito, San Plácido y Santa Escolástica



Otros santos benedictinos: San Agustín de Canterbury, San Bonifacio, San Gregorio VII, San Amando y San Mauro

Capítulo VIII

Gracias espirituales

En nuestros días, la gran mayoría de las gracias obtenidas por intermedio de la medalla de San Benito se refiere a la conversión súbita de pecadores que habían resistido todas las tentativas anteriores. Citaremos aquí solamente algunos casos.

Un antiguo administrador vivía en una ciudad del interior, bastante confortablemente. Su hermana, viuda y piadosa, lo cuidaba con desvelo constante durante las muchas enfermedades que lo afectaban, y al mismo tiempo estaba preocupada, preguntándose cómo hacer para llevar a aquel a quien tanto quería, a pensar en la vida eterna. Todos los esfuerzos eran inútiles. Cada intento, aun indirecto, en ese sentido, era rechazado con este refrán: *"Si me hablas de sacerdote, me matas"*. La hermana confiaba su aflicción a un amigo, quien siempre le repetía: *"No debe importarte su obstinación. Si con tu silencio dejas que tu hermano caiga en el infierno, eso sí seguro jamás te lo perdonará"*. Y así pasaron muchos años.

En diciembre de 1846, después de una breve enfermedad, se desató una gangrena; los médicos reconocieron su aparición, y constatando la inutilidad de una operación, manifestaron que en menos de dos días el hombre moriría. En el ínterin, apareció en la casa del enfermo la persona que había aconsejado no considerar definitiva su obstinación. La hermana, afligidísima,

confesó que ni siquiera en ese peligro extremo había sentido coraje para abordar el tema. *"Pues bien*, le respondió el otro, *aquí tienes dos medallas de San Benito; guarda una contigo, para que el demonio no te impida actuar, y coloca la otra debajo de la almohada de tu hermano"*. Ella ejecutó fielmente el doble consejo. Cinco minutos después se producía el siguiente diálogo: *"¡Hermana mía!"* llamó el enfermo. *"¿Qué pasa, hermano?" "¿No piensas mandar buscar un sacerdote?"*

Se llama al sacerdote, que llega rápidamente para gran alegría del enfermo, quien recibe los socorros de la Iglesia. Dos días más tarde, expiraba con los más vivos sentimientos de piedad.

En 1854, una mujer de avanzada edad vivía en un hospital de enfermos incurables, donde permanecía siempre en cama debido a una parálisis casi completa. Sus sentimientos eran los de una impía furiosa y de su boca brotaban incesantemente las más repugnantes conversaciones, mezcladas con atrevidas blasfemias, a tal punto que muchos la consideraban endemoniada. Se sospechaba que guardaba en su cama malos objetos, que la conservaban en tan perversas disposiciones.

Un día se vació el dormitorio para limpiarlo; la condujeron a una sala vecina, a pesar de sus chillidos. Debajo del colchón, las hermanas encontraron un saquito con objetos de origen y destino más que sospechosos. En el mismo lugar colocaron una medalla de San Benito y luego volvieron a llevar a la enferma a su cama, sin avisarle lo ocurrido durante su ausencia. Pero sin duda algo le reveló el espíritu maligno; porque al llegar cerca de la cama, comenzó a gritar violentamente contra las hermanas, quejándose de que le habían robado el bolsito. La acostaron, y de repente, un sosiego extraordinario sucedió a los gritos habituales. La alegría se transparentó en esa fisonomía hasta entonces tan crispada. La pobre criatura pidió un sacerdote. Algunos días después, la enfermería, transformada en capilla, toda resplandeciente de luces y adornada con flores, recibía a Nuestro Señor que venía a consolar y curar aquella alma, escapada como una aveci-

lla de la trampa infernal rota.

En 1859, una pobre mujer fue a comunicar sus penas a una persona que conocía las virtudes de la medalla de San Benito. El marido de esa mujer, aunque trabajador honesto, tenía sin embargo la pésima costumbre de beber descontroladamente. Apenas llegaban al fin de semana con lo que ambos ganaban, y reinaba en aquel hogar una extrema miseria. La persona de quien acabamos de hablar dio a la pobre mujer una medalla de San Benito y le aconsejó tocar con ella la jarra de vino que ponía en la mesa junto a su marido, y beber solamente agua pura. La mujer siguió estas instrucciones. El marido, apenas acabó de beber, exclamó: "*¡Qué vino horroroso! ¡Prefiero tomar agua! Pero ya voy a arreglar esto*". En efecto, se levantó de la mesa, pidió dinero y fue enseguida a la taberna vecina, de donde acostumbraba regresar a altas horas de la noche, siempre ebrio. Pero quince minutos después volvió, diciendo a su mujer: "*Parece una conjuración contra mí; el vino de la taberna es todavía peor que el nuestro*". Esa noche la pasó tranquilo. Al día siguiente y en adelante, el pobre alcoholizado empezó a tomar agua como bebida habitual. La mujer, que era una buena cristiana, consiguió en poco tiempo que su marido pasara a cumplir sus deberes religiosos.

En ese mismo año de 1859, en T..., una mujer octogenaria había declarado que quería morir sin confesión, y hacía más de sesenta años que no se aproximaba a los Sacramentos. El sacerdote, llamado por un amigo, daba por sentado que ella rechazaría su ministerio. Pero alguien le colocó en la mano una medalla de San Benito, diciendo: "*Id, no temáis*". La anciana vuelve la cara a la pared, y dice en voz alta: "*Voy a dormir*". El sacerdote le responde: "*Tome esta medalla y duerma; yo voy a rezar*". Y se puso de rodillas junto al lecho. Antes que acabara el Acordaos, la mujer se dio vuelta, hizo salir a sus parientes, y empezó a confesarse.

El 14 de marzo de 1859, un piadoso laico se encontró en la calle con un sacerdote muy afligido con un joven de diecisiete años, que había vuelto enfermo desde París y que, según el médi-

co, sólo tenía pocos días de vida. Tres veces se había presentado el sacerdote a la puerta del enfermo, y la familia ni siquiera lo había recibido. El laico le habló de la medalla de San Benito, y le puso una en las manos, incentivándolo a emprender un nuevo asalto. El sacerdote fue rechazado al principio, pero al mostrar la medalla que traía al enfermo, le responden: *"Bueno, esto es diferente, puede entrar, Padre"*. Finalmente penetra en el cuarto del enfermo, quien al verlo, se cubre la cara con las sábanas. *"Acepte esta medalla, amigo"*, le dice el sacerdote. Inmediatamente el enfermo se descubre, y comienza a confesar sus pecados con vivas muestras de arrepentimiento.

En 1860, un protestante ya viejo, recogido en un asilo de París, cayó gravemente enfermo, sin dar esperanzas de salvar su vida. Las hermanas encargadas del establecimiento, al ver que no recobraría la salud del cuerpo, se preocuparon mucho en obtenerle al menos la vida del alma.

Con ese objetivo hicieron diversas novenas, comuniones particulares y generales, mandaron celebrar muchas Misas; y todos los esfuerzos parecían condenados al fracaso. Finalmente, un amigo de la casa que había ido un domingo a visitar al enfermo, sabiendo que el peligro de muerte era inminente, aconsejó que se le diese una medalla de San Benito, y en caso de que no quisiera aceptarla, la colocaran debajo de la almohada. Las hermanas siguieron el consejo y se la colocaron en el cuello. Cuando, algún tiempo después, la misma persona fue de visita al establecimiento, tuvo el consuelo de saber que el protestante, ese mismo domingo en que había recomendado el uso de la medalla, había suplicado a media noche la gracia de retornar a la Iglesia. Le preguntaron si quería llamar a los dos párrocos más próximos, pero rechazó a ambos, y declaró que prefería al capellán de la casa, a quien ya conocía. Pero como éste no tenía poder para recibir su abjuración ni absolverlo de la herejía, hubo que recurrir al Arzobispo, y a pesar de toda la diligencia empeñada, sólo a las nueve de la mañana siguiente fue posible administrarle los Sacramentos al moribundo. El anciano cumplió con gran piedad sus deberes

religiosos, y a la tarde falleció pacíficamente.

Un doctor seguidor de Pusey[19], joven pastor inglés muy instruido, se encontraba en T... en 1851. Ardiente polemista, quiso trabar relaciones con tres ex-pastores protestantes que se habían convertido al Catolicismo y vivían retirados en una casa de campo, en los alrededores de la ciudad. Las discusiones se prolongaron nueve días, sin ningún resultado. Pero el décimo día, 14 de mayo, había sido señalado por el Cielo como el fin de aquellas luchas destinadas a producir una brillante conversión. El anglicano regresaba a la ciudad; y uno de los tres amigos, que tenía que llevar a unos chicos al circo levantado en la feria, lo invitó a acompañarlo. Llegaron al circo y se ubicaron en sus lugares. Mientras los niños presenciaban el espectáculo, los dos controversistas reanudaron la discusión, en inglés, sin preocuparse de los vecinos. En la mitad del espectáculo, el protestante acabó la conversación con estas palabras: *"Basta, no hablemos más de esto, no obtendrá nada de mí"*. Al oírlo, en un comienzo, el católico se quedó sin saber qué decir; pero, acordándose de lo que oyera comentar sobre la medalla de San Benito, tomó una que traía consigo e insistió para que su interlocutor la aceptara, cosa que el protestante hizo. Transcurrieron algunos minutos en silencio, mientras el católico rezaba. De repente, el pastor prosiguió la conversación con estas palabras: *"Amigo mío, hice mal discutiendo tanto tiempo con usted. La luz ya brilla ante mis ojos, y sólo quiero ocuparme de hacer mi abjuración"*. Cinco días más tarde abjuraba y la verdadera Iglesia contaba con un miembro más.

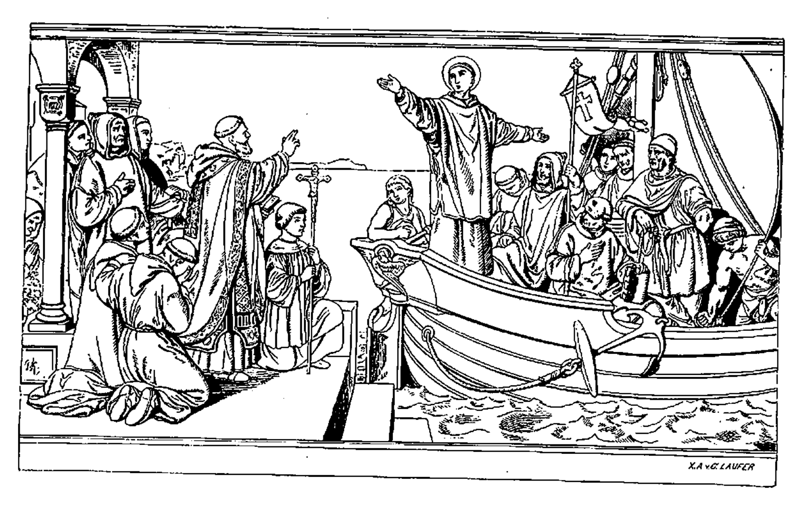
Una piadosa costurera de la ciudad de Noyon estaba cruelmente afligida a causa de la alienación mental padecida por su madre, quien sufría accesos durante los cuales se ponía furiosa. La infeliz mujer aterrorizaba a las personas que encargaban trabajos a su hija; tiraba los muebles por la ventana, y siempre se temía que ella misma acabara precipitándose a la calle. La situación se mantuvo así durante años; pero lo que más entristecía a la

[19] N.T. Edward Bouverie Pusey (1800-1882), fundador de una rama ritualista de la iglesia anglicana

joven era haber perdido toda esperanza de que su madre recurriera al Sacramento de la Penitencia para poner en orden su conciencia; y los motivos para temer eran bien fundados, puesto que la pobre mujer había enloquecido de manera repentina. En 1861, una persona piadosa entregó una medalla de San Benito a la joven, quien se la colgó al cuello a su madre. En un minuto se calmaron todos los furores de la infeliz, que no paraba de besar la medalla; enseguida se confesó con la más viva compunción. Desde entonces, goza de una dulzura inalterable; su edad avanzada la obliga desde hace algún tiempo a guardar cama, pero ninguna impaciencia la perturba, y todo hace esperar que tendrá un fin dichoso.



San Agustin de Canterbury, enviado por el Papa San Gregorio Magno
para evangelizar Inglaterra



San Bonifacio, nacido en Inglaterra, parte hacia Alemania, adonde lo mandaba el Papa Gregorio II

Capítulo IX

Protección contra las celadas de los demonios

Puede decirse que la acción de la medalla de San Benito contra las celadas del demonio es el fin principal que la Bondad divina tuvo en vista cuando hizo aquel don a los fieles. Reunimos aquí algunos episodios que podrán esclarecer a nuestros lectores y guiarlos en ciertas circunstancias hoy en día aún más frecuentes que en el pasado.

En 1859, un hipnotizador famoso que acababa de recorrer con éxito muchas ciudades de Francia, llegó a T..., con la intención de realizar algunas sesiones públicas. Llevaba consigo una joven sonámbula, con quien lucraba mucho en sus exhibiciones . La primera sesión se realizó en una iglesia antigua y amplia, profanada hacía mucho tiempo. Una inmensa multitud, atraída por el anuncio, concurrió a la sesión; pero sus esperanzas quedaron frustradas, porque ese día el hipnotizador no pudo obtener nada de la pobre sonámbula, y se vio forzado a restituir el dinero de la entrada a los espectadores quejosos. Nuevos carteles anunciaron otra sesión que se realizaría en la prefectura; pero también ese día la decepción fue completa. El hipnotizador, que había debido soportar todos los gastos, partió rápidamente del lugar, de-

jando a los diarios locales la tarea de polemizar sin fin acerca de las causas del malogro, tales como el excesivo calor, o el brillo excesivo en la iluminación de gas, etc.

En realidad, había pasado lo siguiente: una religiosa tomó conocimiento del proyecto en cuestión, y sabiendo que la Iglesia condena la práctica del hipnotismo, juzgó conveniente combatir las operaciones del hipnotizador en lo que podían tener de diabólico. Se limitó a colgar la medalla de San Benito en la ventana de su celda, recomendando el caso al santo Patriarca. La victoria no podía dejar de darse, y el príncipe de las *potencias del aire*, como dice San Pablo, fue vencido.

Un conocido nuestro se encontraba, en 1858, en un distrito del departamento de Vienne. En una reunión de amigos, se habló sobre las mesas giratorias, y varias personas presentes contaron que el año anterior experiencias de ese género habían tenido éxito. Como había participantes incrédulos, combinaron una de aquellas sesiones para el mediodía siguiente. A pesar de los remordimientos de conciencia de algunos, todos se reunieron a la hora señalada, y no sin temeridad pusieron manos a la obra, observando exactamente las condiciones acostumbradas. Después de dos largas horas de tentativas, se desvaneció la última esperanza de lograrlo y los amigos estaban a punto de separarse, buscando encontrar la causa de tan inusual mutismo.

La Srta. X..., que había participado de la reunión, comentó entonces que las medallas que algunos llevaban, especialmente la de San Benito, podrían tener relación con el fracaso. Se combinó entonces otra sesión para el día siguiente, a las ocho de la noche. Esta vez la Srta. X... dejó en casa todas sus medallas, pero, así desarmada, no quiso tomar parte en la sesión, manteniéndose apartada en un rincón de la sala.

Al cabo de media hora, como máximo, se hicieron sentir algunos estremecimientos y la mesa comenzó a crujir, lo que hacía prever que pronto se movería por sí misma. Un médico propuso que cuando quisiera hablar, diese con la pata dos golpes para decir *sí*, y uno para decir *no*. No tardó en levantarse por el aire,

con gran satisfacción de los asistentes, que comenzaron a interrogarla, al principio sobre temas frívolos, y después respecto a su silencio de la víspera. Pregunta: "*¿Por qué no quisiste responder ayer? ¿Sería porque la Srta. X... tenía la medalla de Nuestra Señora?* Respuesta: "*No*". P. "*¿Porque llevaba la de San Benito?*". R. "*Sí*" (dos golpes bien fuertes). P. "*¿La medalla de la Virgen no podría impedir que vinieras?*" R. "*No*". Es necesario señalar que en efecto casi todos los circunstantes llevaban puestas medallas de la Virgen o escapularios[20]. Se pasó a otras preguntas: P. "*¿Cómo te llamas?*" La mesa fue parando, como se había convenido, sobre cada una de las letras del alfabeto correspondiente a la palabra que quería expresar, indicando sucesivamente *S. A. T.* Estas letras despejaron cualquier duda, y todos adivinaron *satanás* antes de que terminara la palabra. Muchas personas se retiraron de la rueda, llenas de terror; otras, más temerarias, prosiguieron las interrogaciones.

Se le dirigieron algunas preguntas religiosas o científicas a la mesa, sobre las que guardó completo silencio; dos veces se apoyó por completo en el suelo con un movimiento espontáneo; después siguió girando. Alguien preguntó: "*¿Volverás mañana?*" La mesa respondió afirmativamente, y la misma persona preguntó a qué hora; la mesa dio doce golpes. P. "*¿Al mediodía?*" R. "*No*". "*¿A media noche?*" R. "*Sí*".

Éstas y muchas otras respuestas, que sería demasiado largo transcribir aquí, impresionaron vivamente a los asistentes, quienes desecharon cualquier duda acerca del misterioso agente que se expresa através de las mesas giratorias. La sesión se había prolongado hasta las once de la noche y todos se retiraron, to-

[20] Algunas personas se asombraron, en este episodio, por el hecho de que Dios hubiera querido actuar por medio de la medalla de San Benito y no por la de Nuestra Señora, que innegablemente ejerce un poder mayor al de todos los santos juntos. Dichas personas no pensaron que semejante razonamiento acabaría por anular la ayuda de los santos. Deberían comprender que, así como el propio Dios muchas veces nos concede, por medio de María, ciertos favores que le habíamos pedido directamente sin ser atendidos, así también María se digna tomar a bien que alcancemos por la intercesión de los santos auxilios cuya concesión depende solamente de Ella.

mando cada uno la resolución de llevar siempre, de allí en adelante, la medalla de San Benito.

En 1840, el Consejo municipal de la ciudad de S..., deseaba ensanchar una vía pública que, por otro lado, ya satisfacía plenamente las necesidades de la circulación, y decidió expropiar gran parte de una iglesia dedicada a la Santísima Virgen, que atraía gran cantidad de peregrinos. Para ello, se comenzó a construir una pared interna de sostén, a lo largo de toda la iglesia. Se sacrificaba así, pues, a una irrelevante cuestión de tránsito, la capilla de Nuestra Señora. La pared ya se elevaba varios metros y la iglesia, ocupada por los trabajadores, estaba repleta de materiales.

Un viajero, que presenciaba la triste profanación, se propuso atar la medalla de San Benito al pie de la estatua de la Virgen, que había sido trasladada provisoriamente a la parte conservada de la iglesia. Pocos días después, el ingeniero a quien se le había ocurrido la desafortunada idea de mutilar la casa de Dios, murió a causa de una súbita enfermedad. Su sucesor, al visitar por primera vez el lugar de las obras, reconoció muy sorprendido que la mutilación, de suyo tan odiosa, era completamente inútil, y por lo tanto mandó a los trabajadores parar inmediatamente la obra. Al día siguiente presentó un informe largo y detallado, y obtuvo permiso del Consejo municipal, ya mejor informado, para demoler la pared casi concluida, y restaurar la iglesia a su primitivo estado.

En una ciudad de Francia, cierto alto personaje, encargado de obras importantes, tenía a su servicio un hombre en quien confiaba plenamente, pero que, por acción del demonio, enemigo de todo bien, sólo entorpecía la influencia del patrón. No había manera de abrir los ojos a este último y el desorden aumentaba día a día, hasta que alguien de la casa colocó una medalla de San Benito en el batiente de la puerta del comprometedor hombre de confianza. Desde ese momento, fue imposible para aquel hombre vivir en ese cuarto: el 20 de marzo de 18.., al medio día, hora en que, debido a la Cuaresma, terminaban las primeras vísperas de San Benito, dejaba el trabajo y al día siguiente, fiesta de San Beni-

to, se mudó a otra casa.

A poca distancia de Rennes, vivía una familia de vida cristiana propietaria de una casa donde funcionaba un bar y salón de billar. Pero de repente empezaron a notar síntomas extraños de presencia diabólica. Aunque no hubiera nadie en el salón de juegos, se oían ruidos y voces como imitando a un grupo numeroso de jugadores; los muebles cambiaban de lugar sin que nadie los moviera, las puertas se abrían y cerraban solas, y se oía un ruido extraño en las camas de los diversos cuartos. Una noche de Navidad, cuando la criada subió a su cuarto a prepararse para la Misa de gallo, encontró la habitación llena de una densa humareda en medio de la cual se agitaba algo indefinido.

La criada lanzó un grito, salió precipitadamente y cayó desmayada. Los moradores de la casa vivían continuamente aterrorizados por tan extraños fenómenos. Ya habían mandado rezar muchas Misas por las almas de los difuntos, pedido las oraciones rituales de la Iglesia para la bendición de las casas embrujadas y el flagelo no cesaba. El único remedio sería mudarse de aquella casa, de construcción reciente y en la que sus habitantes habían esperado encontrar un alojamiento cómodo y agradable. Una mujer piadosa les comentó sobre la medalla de San Benito y les aconsejó recurrir a ella. En un comienzo, la clavaron en cada puerta de la casa e inmediatamente cesó todo el estrépito. Pero nadie había pensado en colocar el signo de la salvación en la entrada de la bodega y toda la malicia de los demonios pareció haberse refugiado en aquel lugar, tales eran el estruendo y el desorden reinantes. También allí pusieron la medalla y al fin la influencia diabólica abandonó completamente la casa; pero no sin vengarse: porque la persona que nos relató estos hechos, ocurridos en 1861, cayó de repente presa de una cruel obsesión del demonio, viéndose duramente afligida en el alma y en el cuerpo. Consiguió finalmente alivio siguiendo los consejos del confesor, quien le recomendó revestirse de gran coraje contra el demonio, pronunciando frecuentemente contra él los santísimos nombres de Jesús, María y José.

En 1863, en una comunidad religiosa que mantiene un pensionado en A..., se notó que los vidrios de las lámparas se iban rompiendo alternativamente en el salón de estudios y en el dormitorio. En el refectorio, los vasos de las hermanas conversas también aparecían rotos dentro de los armarios y ninguna vigilancia podía descubrir la causa de tales desórdenes, que se repetían diariamente. La situación se prolongaba desde hacía semanas, hasta que las hermanas pensaron en recurrir a la medalla de San Benito. La colocaron en las lámparas y los armarios e inmediatamente acabaron los incidentes. Pero ¡cosa increíble! los vidrios de las luces de los corredores y de otros ambientes de la casa empezaron a su vez a romperse. Esta situación sólo tuvo término cuando las hermanas resolvieron emplear el mismo recurso que tanto éxito había tenido en el salón de estudios y en el refectorio: desde entonces todo cesó.

ESSAI

SUR

L'ORIGINE, LA SIGNIFICATION ET LES PRIVILÈGES

DE

LA MÉDAILLE

OU CROIX DE SAINT BENOIT

PAR

LE R. P. DOM PROSPER GUÉRANGER

ABBÉ DE SOLESMES

DOUZIÈME ÉDITION

LIBRAIRIE RELIGIEUSE H. OUDIN

PARIS | POITIERS
10, RUE DE MÉZIÈRES, 10 | 4, RUE DE L'ÉPERON, 4

1899

Frontispicio de la 12ª edición de la *Medalla de San Benito*

Capítulo X

Preservación en los peligros

Entre los efectos de la medalla de San Benito, usada con fe viva y simple, siempre se señaló la preservación eficaz de los peligros.

A continuación, narraremos algunos hechos recientes que servirán para probar que la virtud que recibió de Dios a tal efecto está lejos de haberse agotado.

En el mes de julio de 1847, cuatro hermanos de las Escuelas Cristianas viajaban, junto con otros dos pasajeros, en una diligencia de Lyon a París. Acababan de salir de Orléans. Uno de los viajeros, que había hablado sobre la medalla de San Benito, ofreció una a cada uno de sus acompañantes.

Todavía estaba explicando el sentido de las letras de la medalla, cuando, súbitamente, los caballos se dispararon a todo galope y, desobedcciendo al conductor, arrastraron al vehículo hacia un rumbo fatal. La ruta estaba empedrada hasta la mitad y los obreros habían apilado las piedras que serían utilizadas en el nuevo pavimento, a lo largo de la parte ya descalzada, formando una especie de muro. Los caballos traspusieron el obstáculo y precipitaron la diligencia hacia el otro lado. El vehículo se inclinó de modo asustador, pero no llegó a darse vuelta; surcó por algunos minutos la arena y en seguida, en un abrir y cerrar de ojos, se

ubicó nuevamente en el camino, parando en el momento en que la brida se cortó a causa de la violencia de los golpes. Este hecho ocurrió cerca de Châteauneuf (Loiret), aldea situada a unas dos leguas de Saint-Benoît-sur-Loire. Los habitantes del lugar, que habían presenciado tan milagrosa protección, gritaban: "*¡Milagro! Ese coche aunque hubiera estado vacío, debería haber volcado*".

Algunos años antes, en junio de 1843, cerca de Ecommoy, en la ruta de Mans a Tours, dos caballos que tiraban una diligencia se detuvieron de repente en medio de una escarpada ladera y empezaron a retroceder con una rapidez aterradora. Dos de los viajeros abrieron la puerta y saltaron al camino; el tercero, en vez de saltar, apretó una medalla de San Benito que tenía consigo; en ese momento la diligencia paró repentinamente y los caballos, que se habían precipitado hacia el costado de la carretera, volvieron al medio del camino.

Un día de verano, en 1858, en París, hacia las cinco de la tarde, una carreta llena de numerosos paquetes estaba parada frente al Nº 4-6 de la calle Royale-Saint-Honoré. Ocupaba la mitad de la calzada y el movimiento de sus briosos caballos interrumpía la circulación y llamaba la atención de los transeúntes y moradores. Una de las riendas que sujetaba al caballo de adelante se aflojó o se cortó, y éste, retrocediendo con violencia, empinaba las patas traseras, cayendo con todo su peso sobre el otro caballo y dándole tremendas dentelladas; sólo largaba a su presa para empinarse nuevamente y recomenzar los mismos movimientos. Todos los esfuerzos del conductor, que tiraba de las riendas y golpeaba la cabeza del animal con el mango del látigo, sólo conseguían alterarlo cada vez más y la escena amenazaba prolongarse indefinidamente, a pesar de la presencia de un policía y de los consejos, que en ocasiones como esa mucha gente se pone a dar.

Un piadoso católico que asistía a tan terrible situación sabía por propia experiencia cuán poderosa es la intervención de San Benito y tuvo la idea de recurrir secretamente a la medalla, invocando al santo Patriarca. No había acabado de pronunciar la

fórmula de la invocación, cuando el animal, todavía sin aliento, pasaba del paroxismo del furor a la más perfecta calma y se dejaba enganchar nuevamente.

Ese mismo verano, una bella mañana, dos militares uniformados, que volvían de pasear a sus caballos, estaban parados delante de la alcaldía del primer distrito y llamaban la atención de los transeúntes y ociosos de la calle Anjou-Saint-Honoré, de París. Uno de los caballos se atravesó, negándose a andar, y por más esfuerzos que hacía el jinete, no lograba sacarlo de esa posición. El animal miraba un terreno desocupado que estaba delante de la Administración, como si estuviera atado a ese lugar, y de vez en cuando se le estremecía todo el cuerpo. Un hombre lleno de fe en la virtud de la medalla de San Benito, que estaba a corta distancia, al darse cuenta de lo que sucedía, pensó que el demonio tal vez intervenía para producir aquella penosa situación. Temiendo un accidente, pronunció el conjuro cuyas iniciales están escritas en la medalla: *Vade retro, satana* etc.

No había terminado de pronunciar la fórmula, cuando el caballo comenzó a moverse, empinándose dos o tres veces; después volvió a quedarse inmóvil. La persona de quien hablamos se acercó poco a poco y, viendo que el apuro no había pasado, tomó la medalla de San Benito que traía consigo y comenzó a rezar interiormente: *"Glorioso San Benito, rogad a Dios, para que por vuestra intercesión, haga que estos caballos se dejen guiar dócilmente por sus jinetes, y no causen ningún accidente"*. Inmediatamente, el caballo rebelde retomó su camino y partió al galope al lado del otro que lo había esperado. El desconocido liberador preguntó entonces a una mujer que se encontraba en la esquina de la calle Suresnes cuánto tiempo hacía que los jinetes estaban parados; y se enteró de que esa situación había durado quince minutos.

Durante el invierno de 1858 a 1859, la misma persona se encontraba en la entrada de la calle Miromesnil, en París. La multitud de transeúntes, aglomerada en la calzada, atrajo su atención hacia un jinete cuyo caballo se negaba a andar. El animal se había

atravesado y se mostraba insensible al látigo y las espuelas. El individuo de quien hablamos paró algunos instantes para indagar qué pasaba. Viendo que el jinete, ya impaciente, pedía y tomaba un vaso de vino, sin descender del caballo, no sólo para tener firmeza sino también para recobrar ánimo, y que el animal persistía en no querer cambiar de lugar, dedujo que allí podía haber alguna influencia demoníaca. Quiso asegurarse de ello, empleando la medalla de San Benito. Apenas pronunció la fórmula conjurante, el caballo partió al galope por la avenida Marigny. Contento con ese primer éxito, pero desconfiado de las astucias del enemigo invisible, el piadoso católico continuó su camino, acompañando con la vista al hombre y al animal. Y vio que de repente, el caballo, llegado a la mitad de la avenida, se paraba otra vez, atravesando el camino. Tomó la medalla y dijo interiormente: *"Glorioso San Benito, rogad a Dios para que por vuestra intercesión, haga que ese caballo obedezca a su dueño y no le cause ningún daño"*. Inmediatamente el caballo partió al galope, dobló a la derecha por la avenida Champs-Élysées y desapareció.

El domingo 28 de noviembre de 1850, el joven Enrique S..., de catorce años, aprendiz en el establecimiento de P..., maestro esmaltador de joyas, en París, se encontró con una persona que se interesaba mucho por su familia. Lo saludó efusivamente, y cambiadas algunas palabras, le ofreció la medalla de San Benito, diciéndole que lo protegería contra los peligros que pudieran amenazarlo.

El jueves siguiente, 2 de diciembre, nuestro aprendiz bajaba resbalando por la baranda de la escalera, cuando, receloso de encontrar una persona que subía, adelantó la cabeza, perdió el equilibrio y cayó desde una altura de un piso y medio. Al caer, se golpeó la espalda contra la baranda inferior, y ese contragolpe lo arrojó hasta el último escalón, donde cayó sentado y sin ninguna herida, sintiéndose apenas medio atontado por la caída. Al cabo de un rato, subió otra vez a la oficina para continuar el trabajo, pero su patrón, temeroso de que el accidente pudiera acarrearle malas consecuencias, encontró prudente mandarlo descansar unos

días a la casa de su madre. Su salud no sufrió sin embargo ningún daño y el joven atribuyó la protección insigne de que fuera objeto a la presencia de la medalla de San Benito que le habían ofrecido tan oportunamente.

En Tours, en 1859, un joven hacía ejercicios de gimnasia en un establecimiento especializado. Estaba por hacer un ejercicio que consiste en izarse hasta el techo y tocarlo, extender el cuerpo y conservarlo paralelo al suelo, con la fuerza de los puños. Acababa de tomar la posición horizontal, cuando se quebraron los tornillos que retenían la vara y el joven cayó de espaldas desde una altura de cerca de cinco metros, cayéndole además la viga encima del pecho. El instructor que dirigía el ejercicio lanzó un grito de terror; pero el muchacho se levantó, y le mostró la medalla de San Benito, diciendo: *"¡Esto me salvó la vida! Tómeme el pulso, no tengo nada"*.

En febrero de 1859, un niño todavía muy pequeño había salido de paseo al jardín de Tuilleries con su niñera. Hacia las tres de la tarde pasó por allí el emperador. El aya, muy curiosa, se puso a correr para ver el carruaje imperial, y se perdió en medio de la multitud, olvidándose del niño que estaba a su cuidado. Éste, creyéndose perdido, resolvió volver solo a la casa de sus padres, que estaba ubicada en la calle Saint-Florentin. En aquel momento, el tránsito en la calle Rivoli era tremendo. Pero el valiente niño, sin intimidarse, atravesó la calle resueltamente, llegando a la casa de los suyos, quienes al verlo regresar solo quedaron muy afligidos. Interrogado sobre la ausencia de la niñera y al oír las exclamaciones de la hermana por los peligros corridos, respondió con toda calma: *"¡Pero si yo llevaba la medalla de San Benito! Cuando tenía que cruzar la calle, los coches hacía ¡frru! ¡frru!, y me dejaban pasar"*.

En 1859, una comunidad religiosa, consagrada a la educación de las niñas, acababa de mandar construir en París un gran edifico destinado a servir de dormitorio para las alumnas. Ya concluidas las obras, el dormitorio estaba listo para ser habitado; los padres, que utilizaban los locutorios establecidos en la planta baja

y las alumnas, que apreciaban las excelentes condiciones del nuevo edificio, aplaudían la feliz iniciativa de la construcción; pero inesperadamente, se comienzan a oír, en todo el edificio, ciertas rajaduras que producen seria inquietud. Al principio se las atribuyó a la obra de carpintería, pero las cosas llegaron a tal punto que los padres, aterrados ante el peligro que podían correr sus hijas, hablaban de retirarlas del establecimiento. Para calmarlos, se llamó un ingeniero; pero nada lograba tranquilizarlos. A fin de no exasperarlos todavía más, las religiosas tuvieron que comprometerse a no instalar a las niñas en el dormitorio nuevo y a tomar todas las medidas necesarias para evitar cualquier accidente. Se trataba, nada más ni nada menos, que de hacer una nueva construcción; pero los recursos disponibles de la comunidad estaban agotados. Un amigo de la casa, a quien dos de las religiosas comunicaron las dificultades por las que estaban pasando, les aconsejó que recurriesen a San Benito. Sugirió que colocaran, en cada piso del nuevo edificio, una medalla del santo Patriarca y que enterraran otras en los cimientos, en los cuatro puntos cardinales, y rezaran cinco *Gloria Patri* en honra de la Pasión, tres *Ave Marias* en honor de la Santísima Virgen y otros tres *Gloria Patri* a San Benito. El consejo fue seguido y a partir de los días siguientes no se oyeron más aquellos ruidos y la comunidad sólo tuvo que dar gracias a Dios, a la Virgen y a San Benito por la protección tan visiblemente alcanzada.

En julio de 1859, en Paris, el Sr. M... pasaba por la avenida Gabrielle montado en un caballo asustadizo. Al llegar al fondo del jardín del Elysée, uno de los jardineros estaba regando los canteros. Un carro cargado de leña estaba parado en ese lugar, a causa de un accidente que había hecho caer por tierra al caballo. El chorro de agua de la bomba espantó al caballo del Sr. M...; el animal retrocedió bruscamente una distancia de ocho metros. El jinete lo hizo volver adelante y gritó al jardinero: "*¡Deje de regar!*"; pero el jardinero no hizo caso y el caballo retrocedió nuevamente con el jinete. Finalmente, estimulado por el látigo y las espuelas, pasó al galope apartándose, pero se chocó tan violenta-

mente contra el carro que se rompieron los dos arreos laterales y el estribo de acero se torció. M..., al percibir el peligro, soltó el pie del estribo; para al inclinarse hacia la derecha, a fin de esquivar el choque, perdió el equilibrio y fue lanzado por encima de la cabeza del caballo, que saltó a su vez sobre el jinete extendido en el suelo sin siquiera tocarlo. El chorro de agua había asustado tanto al animal, que, por más que el jinete tratara de volverlo hacia el lado opuesto, el caballo se lanzaba precipitadamente sobre el carro, con la naturalidad con la que se hubiera disparado en una planicie. El jinete, que llevaba la medalla de San Benito, se levantó sin ninguna herida, sintiéndose sólo ligeramente cansado. El caballo necesitó un tratamiento de doce días para recuperarse de la peladura causada por la rodada en el anca y en el flanco. El estribo se mandó arreglar a un talabartero de la calle Suresnes, a quien algunos testigos del accidente manifestaron su viva sorpresa por el hecho de que el jinete se hubiera levantado sin ningún rasguño.

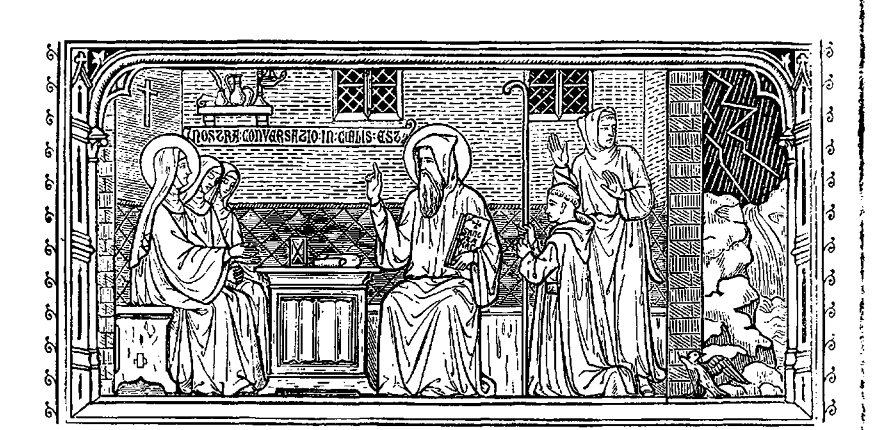
En la primavera de 1861, un individuo estaba esperando el coche frente a su oficina en la calle Royale-Saint-Honoré, cuando vió bajar rápidamente un vehículo de alquiler, que paró de repente en medio de la calle, a pocos metros de él. Los dos caballos que conducían ese coche se pusieron atravesando la calzada y cada uno trataba de arrastrarlo por su lado. Por más que el cochero les pegaba vigorosamente con el látigo, no conseguía coordinarlos. Cada cual siguió tirando en direcciones opuestas, poniendo al coche en riesgo de chocar contra cualquier otro, pues a esa hora la afluencia de vehículos era muy intensa. Los pasajeros, preocupados, asomaron la cabeza pensando en bajar. El cochero estaba desesperado. Un católico fervoroso, apenas constató la inquietud de todos, se dirigió a un changador conocido suyo que estaba en la calle, diciéndole: "*Ese pobre cochero está en un gran apuro con sus caballos, pero voy a hacerlos caminar; vas a ver que no llevará mucho*". Enseguida, rezó interiormente la fórmula inscripta en la medalla de San Benito. En ese mismo instante, los dos caballos pararon, se pusieron uno junto a otro, y partieron al

galope. *"¿Qué tal?*, dice el liberador a su vecino, *¿qué te parece el método?"*. *"¡Caramba! ¡sí que es bueno!"*, respondió el otro, abriendo grandes los ojos, como quien espera una explicación, que por motivos particulares, desafortunadamente, no fue posible darle.

En una casita aislada, a cierta distancia de Rennes, vivía una pobre mujer, que acababa de perder a su marido. Conociendo el miedo que le inspiraba habitar sola aquella casa, una piadosa persona de esta ciudad le dio la medalla de San Benito, como medio de protección. En 1862 un bandido, que había sido liberado después de cumplir su sentencia, recorría la región; se le ocurrió la idea de incendiar la casita, con el objetivo de atraer a los campesinos vecinos y así tener una buena ocasión de robar sus casas, que quedarían sin vigilancia. La viuda, que en ese momento estaba en la casa de un vecino, siente de repente una inquietud extraordinaria y dice que necesita volver inmediatamente a su casa. Llega allí de prisa y ve salir una nube de humo de su pequeño establo. Al mismo tiempo avista un hombre que parecía huir a través del campo. Sin pensar en lo que hacía, sale corriendo detrás de él y reconoce a un vagabundo a quien poco antes diera de beber. Mientras lo persigue, lanza gritos que despiertan la atención del vecino, éste sale con sus empleados y reconoce en el fugitivo a un malhechor que lo había atacado de noche algún tiempo antes. No fue difícil prender al miserable y entregarlo a la justicia. Condenado nuevamente a catorce años de prisión con trabajos forzados, confesó ante las autoridades los esfuerzos hechos para incendiar la casita y declaró que al no conseguirlo, había tirado un haz de espigas encendido en el establo y luego había emprendido la huida. Esa tentativa de incendio no tuvo resultado ni en el establo ni en el resto de la casa.

En abril de 1864, el Sr. D..., de Tours, contó que cuando estaba haciendo una cura de aguas termales en Bourbon-Lancy, uno de los veranos anteriores, un rayo cayó sobre una casa, reduciéndola a cenizas. Sólo un cuarto, habitado por dos muchachas, se salvó, sin que pudiera explicarse el prodigio. Toda la ciudad

fue a observar el fenómeno. El Sr. D... también fue en compañía de algunos veraneantes. Después de examinar el lugar y oír el relato de los habitantes, no tuvo la menor duda de que se trataba de una intervención sobrenatural. Hasta le pareció que San Benito no podía ser ajeno al hecho, y sacando del bolsillo una medalla del santo Patriarca se la ofreció a las jóvenes. Apenas la vieron, exclamaron: "*¡Pero si nosotras ya tenemos esa medalla! Ayer nuestro hermano, cuando fue a dar de beber a los caballos, se encontró con alguien que tenía esas medallas; le pidió una para nosotras sabiendo que nos gustaría tenerla, y nos la dio justo algunos minutos antes de que empezara la tempestad*".



El último encuentro de Santa Escolástica con su hermano San Benito. Deseosa de continuar la conversación, obtiene de Dios la gracia de que el tiempo cambie repentinamente: una fuerte y repentina tempestad impide partir a San Benito

Capítulo XI

Protección de los animales útiles al hombre e influencia sobre las condiciones naturales

El folleto italiano al que ya nos hemos referido sobre los efectos de la medalla de San Benito, constata la protección que atrae muchas veces sobre los animales domésticos, librándolos de enfermedades y dándoles fecundidad[21]. Tal particularidad no debe sorprender al cristiano, pues sabe que la Iglesia tiene la costumbre de aplicar la eficacia de sus oraciones a favor de los animales destinados por la Providencia al servicio del hombre. El hecho que se consigna a continuación ocurrió en T... y parece indicado para justificar semejante confianza. Desde septiembre de 1858, unas veinte gallinas, perfectamente alimentadas y cuidadas con el mayor esmero, no habían puesto un solo huevo. Se mató unas seis o siete, sin encontrar en su interior la menor señal de fecundidad. El 20 de febrero de 1859 se mató otra, sin resultado. Entonces surgió la idea de clavar la medalla de San Benito en las paredes del gallinero. Cuatro días después se encontró un

[21] Libera gli animali dalle malattie ed a loro da la fecondità.

huevo; al día siguiente, dos; y de allí en adelante, la producción de huevos comenzó a ser abundante y regular.

En 1857, en la aldea de Jouandière, distrito de Bais, departamento de Ille-et-Vilaine, un individuo bastante sospechoso en la región, parecía estar merodeando con malas intenciones una caballeriza. Ya habían muerto tres caballos, como consecuencia de una enfermedad que empezaba por causar la caída del pelo de los animales y luego los iba matando uno a uno. El cuarto y último animal estaba en ese mismo estado, cuando la pobre mujer víctima de semejante calamidad, se encontró con una persona que le aconsejó el uso de la medalla de San Benito y le ofreció una. La mujer la aceptó y corrió a la caballeriza, se arrodilló y encomendó sus intereses a San Benito; luego sumergió la medalla en un poco de agua que dio de beber al caballo enfermo, el cual pareció experimentar algún alivio. La dueña del animal, que se había retirado del establo algunos momentos, cuando regresó se puso contentísima al verlo de pie y comiendo con apetito, ante lo cual abandonó los remedios impotentes del veterinario; en pocos días volvió a crecer el pelo del animal, que recuperó su capacidad de soportar normalmente el trabajo al que estaba acostumbrado.

Al año siguiente, la misma arrendataria tuvo que pasar por un problema análogo. Una de sus vacas tenía una enfermedad declarada incurable por el veterinario, quien había recomendado matar sin demora al animal. Después de arrastrarlo al campo más próximo al corral, se llamó al veterinario que llegó con sus ayudantes. Antes de comenzar la tarea, los hombres se sentaron a la mesa para comer la rápida comida que estaba preparada. Mientras se servían, la dueña de la vaca salió un momento, fue junto al animal, se arrodilló y rezó con fe viva a San Benito: *"Poderoso San Benito, no sé que podré hacer por vos, si curáis a mi vaca. No conozco ningún santuario donde se os venere; pero si me concedéis lo que os pido, prometo llevar en vuestro honor una ofrenda al altar de la Virgen"*. Llena de esperanza, volvió a la casa para atender a los invitados. Menos de quince minutos después, los hombres se levantaron y se dirigieron con sus instrumentos al

lugar donde debían sacrificar la vaça. Pero cuál no sería su asombro, cuando vieron al animal de pie, pastando con la mayor tranquilidad. Lo examinaron y después de convencerse de su curación, declararon a la dueña que su misión era inútil, por lo que sólo les quedaba retirarse. La vaca continuó gozando de un perfecto estado de salud y la buena mujer cumplió enseguida con la ofrenda prometida.

En el invierno de 1859 a 1860, unas religiosas a cargo de un asilo de ancianos en París, tuvieron el disgusto de ver morir dos de las tres vacas con las que contaba el establecimiento, a causa de una enfermedad pulmonar; y la tercera, con una tos pertinaz y falta de apetito, amenazaba seguir a las primeras si no se la mandaba durante algún tiempo al campo a pastar. Un católico, celoso propagador de la medalla, estaba de visita en el establecimiento; la hermana superiora le comunicó sus pesares e inquietudes. El católico preguntó si todavía no habían colocado en el establo la medalla de San Benito, y al saber que a nadie se le había ocurrido, pidió que lo llevaran junto a la vaca enferma. El pobre animal tosía violentamente, no comía nada y ya no producía leche. El visitante trazó la señal de la Cruz sobre la cabeza del animal, empleando la fórmula inscripta en la medalla; recomendó que se sumergiera la medalla en un poco de agua con afrecho para que la vaca lo tomara todos los días hasta su completa curación; finalmente, antes de retirarse, colgó una medalla en el establo e indicó las oraciones que deberían rezar. Algunas semanas después, cuando volvió para pedir noticias del animal, tuvo la satisfacción de saber que estaba completamente restablecido; a partir de los primeros días posteriores a la colocación de la medalla, la tos había pasado, había recuperado el apetito, y desde entonces estaba dando diecisiete litros por día, para gran contento de todos.

En una amplia casa del Faubourg Saint-Germain, donde residían numerosos inquilinos, un pobre gato sarnoso causaba la animadversión de los habitantes que parecían haberle jurado la muerte, tanta era la repugnancia que les inspiraba. Golpeado vio-

lentamente por todos y perseguido con brutalidad siempre que osaba salir de su escondrijo, al final se ganó un derecho de asilo en la habitación de una inquilina que ocupaba un cuarto en la planta baja. Viendo que esa persona le manifestaba ciertas señales de compasión y llevado además por el instinto de conservación, el pobre gato resolvió buscar refugio junto a la referida inquilina, que lo alojaba de día, pero lo echaba durante la noche. A la mañana siguiente, bien temprano, allí estaba nuevamente el animal, haciendo saber con sus maullidos quejosos y arañando la puerta con las uñas, que deseaba estar nuevamente en un lugar seguro. Abusando tal vez de sus derechos, el infeliz gato no dudaba en sentarse encima de las sillas, como si estuviera perfectamente sano. La persona hospitalaria de quien hablamos, recibió un día la visita de un hombre lleno de fe en la medalla de San Benito, a quien le ofreció sentarse en una silla sobre la cual hasta hacía un rato había estado el gato. El visitante no quiso sentarse y le preguntó por qué, si lo había adoptado, no curaba al pobre gato. La mujer respondió que tal era su deseo, pero no sabía cómo proceder.

El visitante le aconsejó que todos los días sumergiese la medalla de San Benito en el bol de agua que acostumbraba poner al gato. La mujer objetó que ya había pensado en eso, pero temía profanar algo tan sagrado con un uso tan vulgar. El visitante le respondió que la virtud de la Cruz había rehabilitado toda la Creación y bien podía ser empleada a favor de animales útiles al hombre. "*Además*, agregó, *Dios sabe que nuestra intención es recta, y que sólo queremos su gloria; si nos aprueba, curará al pobre animal; si no, seguirá enfermo y nada se perderá*". En seguida sumergió la medalla en el bol de agua y aconsejó a la mujer hacer lo mismo todos los días, hasta la completa cura del animal. Pocos días después, la sarna había desaparecido completamente y el pelo volvió a estar limpio; así se constataba una vez más que la bondad de Dios se extiende a todas sus criaturas.

En marzo de 1862, un señor llamado G..., de S..., fue encaminado a una piadosa persona de Noyon a fin de obtener una

medalla de San Benito. Le contó que había recibido en herencia, por la muerte de su suegra, una casa de campo con sus construcciones anexas para explotación rural. La casa tenía un patio en común con un vecino que guardaba muchos libros malos, y, de ser verdad lo que se comentaba, se había consagrado, junto con su mujer, al demonio. Los habitantes del lugar lo temían mucho y más de una vez les había hecho maleficios.

G... tomó posesión de la casa, con gran descontento del vecino, que al principio quiso comprársela, y ante su negativa, lo amenazó diciendo: *"No quieres venderla, pero te verás forzado a hacerlo"*. En efecto, apenas G... se había instalado, una mortandad espantosa sobrevino a su ganado; la leche de las vacas que habían sobrevivido no se podía convertir en manteca, aunque la batieran el día entero; por otro lado, miles y miles de ratas devoraban todo cuanto había en la casa: ropa blanca, trajes, riendas de caballos, todo era despedazado; las frazadas, devoradas; ratoneras, veneno, armas de fuego, nada lograba impedir tal devastación; sólo a fuerza de la más austera economía y del trabajo más empeñoso G... logró conservar, a pesar de esas condiciones, al menos una parte de sus bienes.

Al cabo de diez años, viendo que su estado empeoraba cada vez más, resolvió vender al vecino la casa que éste tanto codiciaba; y fue a establecerse en el límite del distrito, esperando poner término a su triste situación con esta mudanza; pero se vio desengañado, y su infortunio pareció agravarse. No obstante tuvo un momento de tregua, cuando, después de la muerte de su madre, llevó a su casa un relicario recibido en herencia, que contenía un fragmento del madero de la verdadera Cruz, junto con reliquias de San Medardo, San Eloy, San Momol y Santa Godeberta. G... se juzgó liberado; pero la tranquilidad duró poco y pronto volvieron las calamidades con más intensidad que nunca. Ya estaba desesperado, cuando le presentaron a la persona que mencionamos arriba. Ésta lo exhortó a tener confianza y rezar con fe; le dio varias medallas de San Benito, acompañadas por un folleto explicativo de las gracias de protección que se podían conseguir

por medio de la medalla. G... ejecutó con celo cuanto le habían encomendado, y su situación comenzó a mejorar inmediatamente. Sumergió la medalla en agua, dirigiendo a Dios una fervorosa súplica, y lavó con ella las paredes de la casa, el umbral de la puerta y la dio de beber al ganado.

Salpicó con algunas gotas el recipiente que utilizaba para batir la manteca y en veinte minutos obtuvo la mejor manteca imaginable[22]. Uno de sus bueyes estaba muriendo; le colgó una medalla del pescuezo y el animal enseguida se levantó y se puso a comer, perfectamente curado. En pocos días desaparecieron todos los flagelos que lo habían perseguido durante tantos años y empezó a gozar de la más completa tranquilidad. Fue enseguida a agradecer, lleno de alegría, a la persona que le había dado la medalla; pero le comunicó al mismo tiempo una cosa que lo afligía mucho: movido por una caritativa compasión, temía que el autor de todas aquellas calamidades, enfermo de tuberculosis, muriera. Sabemos que hizo algunos intentos en su favor, pero no recibimos información acerca de la marcha del caso.

A esos hechos relativos a la medalla de San Benito, agregaremos dos más en que se manifestó su influencia sobre cosas inanimadas, sobre las cuales se impetró el socorro de Dios por intermedio del santo Patriarca.

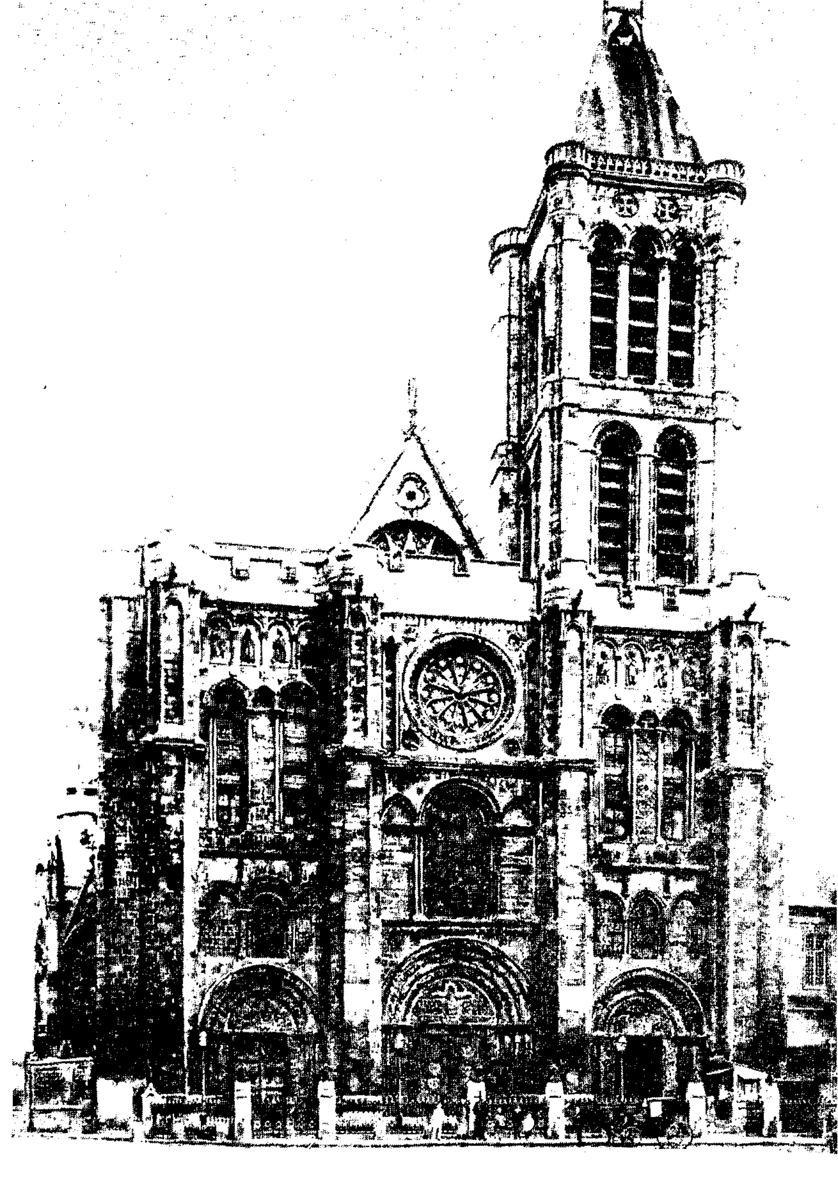
En 1867, en la diócesis de Mans, en la casa de una comunidad recientemente establecida, se había perforado, a costa de muchos gastos, un pozo destinado a abastecer de agua a todo el edificio. Como el agua no resultó potable, fue necesario construir otro pozo dentro del recinto de la casa. Pero tampoco esta operación fue exitosa: apareció agua abundante, no sulfurosa como la primera, sino oscura, con mal olor y pésimo sabor.

Se aconsejó a las religiosas arrojar en el pozo la medalla

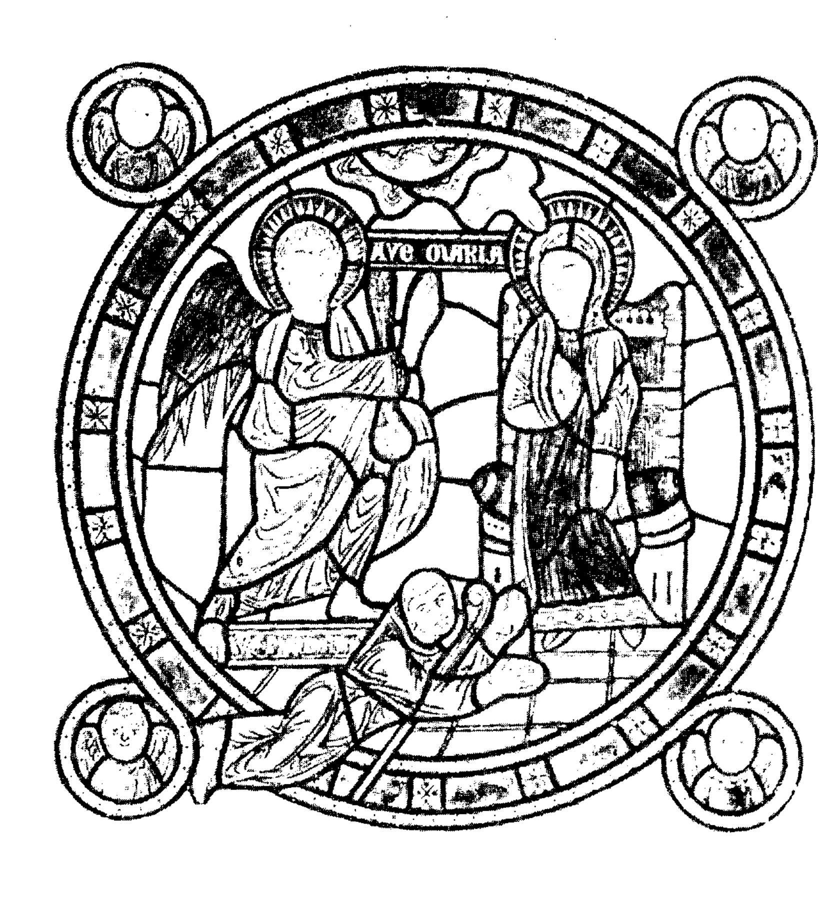
[22] La virtud de la medalla para disipar las celadas del demonio que se oponen al buen éxito de las tareas domésticas, en una circunstancia tan familiar como la elaboración de la manteca, es tan reconocida en Italia, que se la menciona expresamente en un folleto publicado al respecto. Leemos allí las siguientes palabras: "*In tutte quelle cose che dipendono dal latte di essi animali come nel fare il butiro, ed altro uso degli umani bisogni*".

de San Benito e ir a buscar agua una hora más tarde. Las hermanas siguieron la recomendación con fe y simplicidad; una hora después, el agua que se sacó del pozo apareció límpida como el cristal, sin olor y perfectamente potable. Desde entonces conservó esas cualidades en todas las estaciones del año. Las condiciones desagradables del comienzo son hoy, para los moradores del convento, apenas un recuerdo que les hace pensar en el poder y la bondad del santo Patriarca.

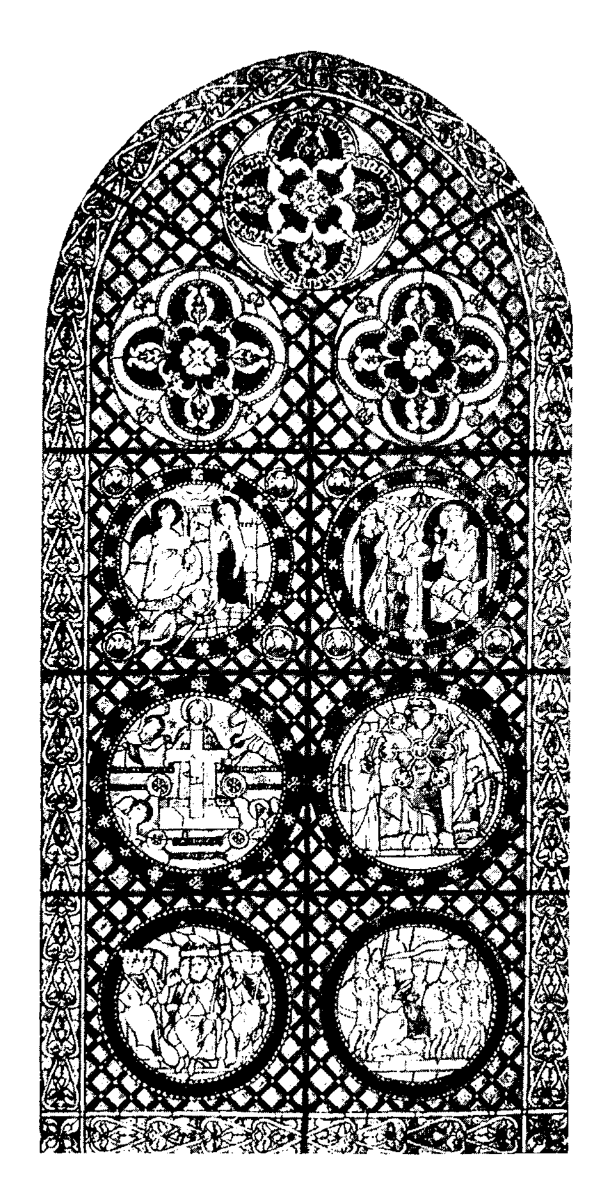
En 1864, en Boën-sur-Lignon, un viñedo estaba atacado por el mal de las viñas. No sólo las hojas estaban deterioradas, sino que los racimos que comenzaban a brotar parecían heridos de muerte. El propietario tuvo la idea de enterrar la medalla de San Benito en la tierra donde estaba plantada la vid. Poco después el mismo fenómeno siguió persistiendo. El follaje conservaba su triste apariencia; pero los racimos habían crecido y maduraron sin conservar rastros de la plaga manifestada al principio. El mal había invadido una tercera parte de la viña; pero retrocedió de repente, y en el momento de la vendimia, la uva cosechada estaba en las mejores condiciones.



La célebre Abadía de Saint-Denis (siglo XIII)



Vitral de la Abadía de Saint-Denis



Vitral de la Abadía de Sanit-Denis

Capítulo XII

La medalla de San Benito en los países de misión

La virtud de la medalla de San Benito no se limita al mundo occidental. Testimonios recientes prueban que su acción es poderosísima en países de misión, especialmente en la India, en ese Oriente todavía tan infestado por el espíritu de las tinieblas.

En 1867, el Rvdo. Padre A..., de la Compañía de Jesús, que residía en el colegio de Saint-Denis (Isla de Reunión), fue encargado de ir a buscar a catorce niños, que habían pasado las vacaciones de Pascua con sus familias, para conducirlos por mar a Saint-Denis. El mar estaba agitado y la vuelta era peligrosa. El Padre Rector entregó al religioso que partía una medalla de San Benito, diciéndole: *"Quédese tranquilo, mañana el mar estará mejor; y si después de partir, se pone tempestuoso, nada tema, San Benito lo socorrerá"*. Y así sucedió, punto por punto. El religioso y los niños se embarcaron con buen tiempo, pero después de haber navegado sin problemas durante una hora, rumbo a Saint-Denis, un viento terrible alcanzó al barco cuando contornaban un cabo, amenazando arrojarlo contra los acantilados, donde los via-

jeros serían aplastados por la fuerza de las olas. El piloto, temeroso, buscó refugio en alta mar, pero también allí la muerte acechaba amenazadora. La frágil embarcación, juguete de las olas y los vientos, ya no obedecía al timón; una lluvia torrencial ocultaba todo el horizonte; los niños, más muertos que vivos, se habían echado al fondo de la embarcación. En ese momento de supremo peligro, el Padre se acordó de la medalla de San Benito; la tomó y la arrojó al mar, diciendo: *"San Benito, ruega por nosotros"*. ¡Maravilloso efecto del poder del gran Patriarca! En menos de cinco minutos la lluvia cesó, las olas se calmaron, el piloto pudo volver a la costa con seguridad y los viajeros prosiguieron la navegación llenos de gratitud hacia quien los arrancara de una muerte segura. Al día siguiente, el Padre A... colocaba en el cuello de sus ocho remadores las medallas de San Benito y los buenos negros prometían usarlas siempre.

El hecho que acabamos de exponer nos fue narrado por el mismo Padre A..., algunos años después del acontecimiento.

Otra carta, fechada en Salem, Vicariato Apostólico de Pondichéry, el 21 de noviembre de 1874, nos transmite una larga serie de hechos interesantes sobre el uso de la medalla en la región. Sólo reproducimos aquí los principales.

Selvam, una joven hindú, sufría desde hacía mucho tiempo un flujo de sangre que la había enflaquecido hasta el punto de que ya no podía tolerar ningún tipo de alimento y comenzaba a desear la muerte. Llegado a la aldea el misionero que nos escribe, le mandó beber agua en la que previamente había sumergido la medalla de San Benito. Ese mismo día la sangre paró de correr y la enferma pudo alimentarse. *"Esa agua*, dice el relato, *tiene una fuerza especial contra cualquier pérdida de sangre"*. Testimonio precioso, que viene a respaldar inesperadamente al que citamos más arriba (Cap. VII): *"rimedio efficacissimo pel jetto di sangue"*. Sería fácil contar más casos análogos a los de los capítulos anteriores. Por ejemplo, en una comunidad de religiosas hindúes, el agua salobre y casi inservible para cualquier uso, perdió su mal gusto cuando se lanzó al pozo una medalla de San Benito. Pero

preferimos limitarnos, buscando en este resumen de hechos la variedad más que la cantidad.

Desde hacía cuatro meses la fiebre minaba a Servammol, antigua alumna de las religiosas. Una persona caritativa que fue a visitarla en un momento en que sufría mucho, le dio como remedio una cuchara de café sin azúcar donde había sumergido la medalla. Le sobrevino un acceso extremadamente violento, con vómitos y delirio. Sin embargo, pasada la crisis, Servammol no se desanimó: continuó bebiendo el agua de la medalla y ocho días después estaba completamente curada.

A causa del saqueo perpetrado por unos ladrones contra una casa donde se encontraba un niño de tres años, éste tuvo tanto miedo que lo asaltó una fiebre constante que ya llevaba cinco días. Alguien le ofreció el agua de la medalla para beber y le friccionó dulcemente el rostro y el pecho con ella. Enseguida la fiebre desapareció definitivamente. "*Es notable*, dice el misionero, *el poder que tiene esta medalla contra el miedo y todo cuanto de él procede, especialmente en los niños*". Y agrega: "*Como se sabe que esa medalla da mayor eficacia a los remedios, muchas veces la utilicé sumergiéndola en remedios líquidos o tocando los sólidos. La empleé en fiebres continuas, cotidianas o periódicas, y no me acuerdo de que ninguna fiebre, por pertinaz que fuese, resistiera tal remedio*".

Madelagammol, joven de 18 a 20 años, estaba sorda desde hacía seis años; cada vez que comía otra cosa que no fuese arroz sus oídos le supuraban. Desde el primer día en que salpicó el agua de la medalla en sus oídos, cesó la supuración en el oído derecho y comenzó a oír mejor de ese lado. Siguió aplicando el mismo remedio durante varios días y la supuración también cesó en el lado izquierdo; actualmente oye perfectamente con el oído derecho, pero el izquierdo sólo se curó a medias, queriendo Dios que de este modo guardara el recuerdo de su estado anterior.

Las enfermedades de la vista, con el sol de la India, adquieren una intensidad que las vuelve temibles, sobretodo en los niños. Dos pequeñas paganas que sufrían esas enfermedades fue-

ron curadas instantáneamente, al lavarles los ojos con agua de la medalla.

Pero lo que hace especialmente querida a la medalla de San Benito entre los hindúes, es el poderoso socorro que les presta contra uno de los mayores flagelos de la región, la picadura de insectos o serpientes. Mariannen, picado una tarde por un *pouram*, insecto muy venenoso, pasó toda la noche gimiendo de dolor; sentía el pecho oprimido y tenía la espalda hinchada. Pero se sintió perfectamente curado cuando las partes doloridas fueron friccionadas con agua de colonia pura, en la cual había sido sumergida la medalla.

Noyegam había sido picado por una terrible serpiente, cuyo veneno, cuando no mata en pocas horas, deja la vida en peligro durante unos cuarenta días y además exige mucho más tiempo para una cura que no siempre es completa. Tres años después de haber sido mordido por esa cobra, Noyegam seguía teniendo una fiebre que nunca lo había abandonado del todo; la pierna todavía continuaba hinchada y casi sin sensibilidad, a tal punto que, cuando lo picó un escorpión, ni siquiera sintió el dolor; sufría continuos dolores de cabeza y de cuello; sus miembros, sin fuerza, no le permitían ningún esfuerzo duradero. Al cabo de tres años, se presentó en ese estado al misionero. Éste le dio a beber el agua de la medalla, recomendándole que la tomara y se friccionara las partes doloridas, lo que hizo el mismo día antes de acostarse. Esa noche la fiebre lo dejó, desapareció la hinchazón de la pierna, sintió el cuello y la cabeza aliviados, y todo el cuerpo retomó su estado normal. "*Es notable*, escribe el misionero, *ningún veneno resiste al agua que entró en contacto con esta medalla, y cualquier veneno pierde efecto en los lugares tocados por esa agua*".

La picadura de escorpión causa un dolor indescriptible; la calma y el sueño sólo vuelven al paciente muchas horas después, y a veces luego de toda una noche o más de sufrimientos. Como esa región hindú está plagada de escorpiones, los casos de picaduras no son raros. Se emplean diferentes remedios para con-

trarrestarlas, con mayor o menor eficacia. Pero el gran remedio hindú es una *"bendición"* supersticiosa para hacer desaparecer el veneno; y hasta los mismos cristianos no tenían gran escrúpulo en adoptar tal procedimiento. La medalla de San Benito llegó providencialemente para cortar esas supersticiones. El agua tocada por ella cura instantáneamente el miembro dolorido, expulsando infaliblemente el veneno en algunos minutos. Desde que la medalla se conoce en la región, se dieron muchos casos de dicha aplicación y nunca falló. Por eso los hindúes la apellidaron *"tèlou souroùbam"*, la medalla del escorpión.

Una joven mujer había prometido dar ocho *annas* (un franco y veinte céntimos) a la iglesia de Nuestra Señora de Yodappady en nombre de su hijo. Llegada la Pascua fue a cumplir su promesa, pero dio sólo la mitad, reservando el resto para la iglesia de su aldea. Enseguida su pequeño cayó enfermo: gran conmoción en la familia y la pobre madre confiesa, consternada, su falta, y va a cumplir de inmediato lo que faltaba de la promesa; pero el enfermo sigue inspirando temor. Se llama al misionero, quien encuentra al niño en estado de completa postración, con los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho. Dice entonces a la madre: *"La Virgen y San Benito no se van a pelear a causa de este niño. La Santísima Virgen ya dio una lección maternal que fue bien atendida; para gloria de San Benito, Ella le dejará el encargo de la curación"*. Después mandó friccionar dulcemente el pecho y el rostro del niño con agua de la medalla; también se le pusieron algunas gotas en la boca. Enseguida entreabrió los ojos y esbozó algunos movimientos, para gran dicha de la familia; mejoró rápidamente y esa misma tarde estaba curado.

Un protestante enfermo que sufría terribles agitaciones mandó llamar cierto día al celoso misionero que nos relató estos hechos. Se decía que su casa estaba infestada por malos espíritus; el misionero, después de examinar la singular enfermedad, se convenció de que se trataba de locura o de una influencia diabólica. Por ello, pidió agua y sumergió en ella la medalla de San Benito; la madre del enfermo, sentada junto a la cama de su hijo, le

friccionaba levemente el rostro y el pecho con esa agua, y logró hacerle beber algunas gotas. Curvando la cabeza, como quien reflexiona, el hijo se volvió hacia su madre y dijo sonriendo: *"¡Estoy curado! ¡Quiero comer y vestirme!"* Después estrechó la mano del padre, diciendo: *"¡Muchas gracias, Padre!"*. Su joven esposa, europea protestante, permanecía de pie delante de él, dejando correr gruesas lágrimas. El misionero bendijo la casa y la familia completa se arrodilló para recibir a su vez la bendición. Todos los testigos del hecho, católicos, protestantes o paganos estaban muy emocionados. A la tarde el enfermo retomó su trabajo habitual. En los días siguientes tuvo algunos accesos del mismo género; pero continuó bebiendo el agua de la medalla y pronto se vio totalmente liberado.

San Benito prosigue en la India, mediante la fuerza omnipotente de la Cruz grabada en la medalla, el curso de sus victorias sobre las legiones infernales que había expulsado de Occidente.

Concluyamos este capítulo con el simple enunciado de un hecho que resume y caracteriza admirablemente la especial eficacia de este objeto sagrado. Un árbol, convertido en una suerte de abrigo de demonios (cosa muy frecuente alrededor de las pagodas hindúes), se secó muy rápido y murió cuando se puso entre sus raíces una medalla de San Benito.

¡Pueda la santidad del santo Patriarca brillar cada vez más en aquellas lejanas regiones donde Dios todavía no envió a sus hijos benedictinos! ¡Puedan esos pueblos, esclavizados por satanás durante tantos siglos, comprender finalmente, por la virtud de la medalla, la debilidad del infierno y el poder de los servidores del único Dios!



Grabado del siglo XVII que representa a San Benito redactando su Regla bajo la inspiración del Espíritu Santo



Pio IX, Papa de 1846 a 1878, apoyó decididamente a Dom Guéranger y aprobó, en 1877, la llamada *Medalla Jubilar* de San Benito

Capítulo XIII

Aprobación de la medalla de San Benito por la Santa Sede

Los hechos que acabamos de referir, así como otros muchos que omitimos, hacían desear, naturalmente, la intervención de la Autoridad eclesiástica, única competente para pronunciarse sobre el mérito de una devoción como ésta, cuyos frutos sorprenden a unos y brindan socorro y consuelo a otros. Felizmente, la Santa Sede pronto dio a conocer su juicio, otorgando a la medalla la sanción deseada, con un grado de autoridad superior al que resultaba de los hechos maravillosos que tenían lugar en todas partes.

La medalla había sido denunciada como viciada de superstición por el famosísimo J.-B. Thiers, en su *Tratado de las Supersticiones*, obra, además, condenada por la Iglesia e inscripta en el *Index*.

Ese crítico intemperante pretendía justificar sus invectivas con el pretexto de que, como no era fácil adivinar el sentido de las letras mayúsculas que se leen en la medalla, eso mismo hacía sospechar alguna intención mágica.

Estaba reservado al sabio Papa Benedicto XIV devolver

la confianza a los fieles y disipar las fingidas inquietudes de los racionalistas de aquel tiempo. A pedido de Dom Bennon Löbl, Abad del Monasterio de Santa Margarita de Praga, después de un serio examen y de un decreto anterior de la Congregación de las Indulgencias, el Pontífice, por un breve del 12 de Marzo de 1742, aprobó la medalla con la Cruz, la efigie de San Benito y las letras en ella incluidas. Además sancionó la fórmula de bendición, y concedió numerosas indulgencias[23] a quienes la llevasen consigo.

Éste es el texto importante y poco conocido del Breve:

[23] N. T. Reproducimos fielmente, en esta traducción, el Breve pontificio, no sólo por su gran interés histórico y belleza intrínseca, sino para que el lector pueda apreciar el empeño puesto por la Santa Sede en indulgenciar generosamente, y por este medio incentivar, el uso de la medalla de San Benito. Debe tenerse presente, no obstante, que la Constitución Apostólica *Indulgentiarum doctrina*, promulgada por el Papa Pablo VI el 1º de enero de 1967, modificó en gran medida la disciplina eclesiástica de las indulgencias, restringiendo el número de indulgencias plenarias, aboliendo la división de las indulgencias en personales, reales y locales, y estableciendo que las indulgencias no plenarias fuesen tomadas como parciales, sin especificación de días o años (cfr. *Manuale delle indulgenze - nome e concessioni*, Librería Editrice Vaticana, 3ª edición, 1987).



BENEDICTO XIV, PAPA

Ad perpetuam rei memoriam y para aumentar la devoción de los fieles de Jesucristo

Incumbidos de velar con paternal caridad por la custodia de los tesoros celestiales de la Iglesia, y queriendo enriquecer con el favor de las indulgencias las santas medallas conocidas bajo el nombre de Cruces o crucecitas de San Benito, hemos concedido con benevolencia, a algunas personas honradas con especial dignidad, la facultad privada de bendecir estas medallas, dándoles preciosas indulgencias, y distribuirlas entre los fieles; y para que esa gracia pueda producir pleno efecto y permanezca para siempre inviolable, principalmente debido al pedido que Nos es hecho, con satisfacción le añadimos la fuerza de una confirmación Apostólica, y empleamos a tal efecto nuestra influencia y los cuidados de nuestro oficio, según Nos pareció ventajoso y saludable en el Señor, después de haber considerado maduramente la calidad de las personas, tiempos y lugares.

Nuestro amado hijo Bennon Löbl, Monje profeso de la Orden de San Benito, y actualmente Abad del monasterio de Brzewnow *in Brauna*, en la diócesis de Praga, monasterio *nullius*, libre, exento y sujeto inmediatamente a la Sede Apostólica, y también Preboste de Wahlstad en Silesia, Prelado mitrado del reino de Bohemia y Visitador perpetuo de dicha Orden en Bohemia, Moravia y Silesia, Nos expuso en fecha reciente que ya en otra ocasión Nos había pedido para sus sucesores, así como para todos y cada uno de los Abades, Priores y otros monjes de la misma Orden sujetos a él y a sus sucesores que ejerzan el mismo derecho de Visitador, la facultad de ben-



decir, según la fórmula expresada en la petición, las Medallas o Cruces llamadas de San Benito y de distribuirlas para ganar las indulgencias que les sean liberalmente concedidas; con prohibición a cualquier otra persona eclesiástica de intervenir en esta obra pía: dicha facultad le fue benignamente concedida y otorgada por Decreto de la Sagrada Congregación de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana para las Indulgencias el 23 de Diciembre del año del Señor 1741, decreto cuyo tenor es el siguiente:

"Decreto para la Orden de San Benito en Bohemia, Moravia y Silesia

"A las humildes y repetidas súplicas del Dom Bennon Löbl, Abad del Monasterio libre y exento de Brzewnow in Brauna, *de la Orden de San Benito, Preboste de Wahlstad en Silesia, Prelado mitrado del reino de Bohemia y Visitador perpetuo de dicha Orden en Bohemia, Moravia y Silesia: Nuestro Santísimo Padre Benedicto XIV hubo por bien conceder y otorgar al mismo Bennon y a sus sucesores, así como a todos y cada uno de los Abades, Priores y otros monjes sacerdotes, que le están actualmente sujetos como Visitador perpetuo, la facultad particular de bendecir las Cruces de San Benito, una de cuyas caras representa la imagen del mismo San Benito, y la otra una Cruz con estas letras o caracteres alrededor, cada una con el significado siguiente: V.* Vade. *R.* Retro. *S.* Sathana. *N.* nunquam. *S.* suade. *M.* mihi. *V.* Vana. *S.* sunt. *M.* mala. *Q.* quae. *L.* libas. *I.* ipse. *V.* venena. *B.* bibas. *En la línea vertical: C.* Crux. *S.* sacra. *S.* sit. *M.* mihi. *L.* lux. *En la línea horizontal: N.* non. *D.* draco. *S.* sit. *D.* dux. *Y finalmente en los cuatro lados: C.* Crux. *S.* sancti. *P.* Patris. *B.* Benedicti, *y cuya fórmula de bendición es la siguiente:*

V. Adjutorium nostrum in nomine Domini.

R. Qui fecit coelum et terram.

Exorciso vos, numismata, per Deum Patrem + omnipotentem,



qui fecit coelum et terram, mare et omnia quae in eis sunt: omnis virtus adversarii, omnis exercitus diaboli, et omnis incursus; omne phantasmata Sathanae, eradicare et effugare ab his numismatibus, ut fiant omnibus, qui eis usuri sunt, salus mentis et corporis, in nomine Dei Patris + omnipotentis, et Jesu Christi + Filii ejus, Domini Nostri, et Spiritus Sancti + Paracliti, et in charitate ejusdem Domini Nostri Jesu Christi, qui venturus est judicare vivos et mortuos et saeculum per ignem.

R. Amen.

Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison. Pater Noster, etc.

V. Et ne nos inducas in tentationem.

R. Sed libera nos a malo.

V. Salvos fac servos tuos.

R. Deus meus, sperantes in te.

V. Esto nobis, Domine, turris fortitudinis.

R. A facie inimici.

V. Deus virtutem populo suo dabit.

R. Dominus benedicet populum suum in pace.

V. Mitte eis, Domine, auxilium de Sancto.

R. Et de Sion tuere eos.

V. Domine, exaudi orationem meam.

R. Et clamor meus ad te veniat.

V. Dominus vobiscum.

R. Et cum spiritu tuo.

Oremus. Deus omnipotens, omnium bonorum largitor, supplices te rogamus ut per intercessionem sancti Patris Benedicti his sacris numismatibus, litteris et characteribus a te designatis, tuam benedictionem + infundas, ut omnes, qui ea gestaverint, ac bonis operibus intenti fuerint, sanitatem mentis et corporis, et gratiam sanctificationis, atque indulgentias nobis concessas consequi mereantur, omnesque diaboli insidias et fraudes per auxilium misericordiae tuae effugere valeant, et in



conspectu tuo sancti et immaculati appareant. Per Dominum, etc.

Oremus. Domine Jesu, qui voluisti pro totius mundi redemptione, de Virgine nasci, circumcidi, a Judaeis reprobari, Juadae osculo tradi, vinculis alligari, spinis coronari, clavis perforari, inter latrones crucifigi, lancea vulnerari et tandem in crucem mori: per tuam sanctissimam Passionem humiliter exoro, ùt omnes diabolicas insidias et fraudes expellas ab eo, qui Nomen sanctum tuum his litteris et characteribus a te designatis devote invocaverit, et eum ad salutis portum perducere digneris. Qui vivis et regnas, etc.

Benedictio Dei Patris + omnipotentis, et Filii + et Spiritus + Sancti descendat super haec numismata, ac ea gestantes, et maneat semper. In nomine Patris + et Filii + et Spiritus Sancti. Amen (Apergatur aqua benedicta).

"Queriendo además enriquecer particularmente, con las gracias espirituales y los celestes tesoros de la Iglesia, dichas Medallas así bendecidas por el Visitador y demás monjes arriba mencionados entonces existentes, hubo por bien dar y conceder a todos y cada uno de los fieles de ambos sexos que trajeren con devoción alguna de las Medallas o Cruces así benditas, e hicieren al mismo tiempo las obras pías mandadas más abajo en el respectivo lugar, las indulgencias de la manera y forma prescriptas, a saber: que quien tuviere la costumbre de rezar al menos una vez por semana la Corona de Nuestro Señor o de la Bienaventurada Virgen María, o el Rosario completo o una tercera parte del mismo, o el oficio divino, o el parvo de la misma Bienaventurada Virgen María, o el de los difuntos, o los siete Salmos Penitenciales, o los Salmos Graduales; o de enseñar los rudimentos de la fe, o visitar a los presos en la cárcel, o a los enfermos en algún hospital, o socorrer a los pobres; con tal de que esté verdaderamente arrepentido, se haya confesado con un sacerdote aprobado por el Or-



dinario, y haya recibido el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en cualquiera de los días indicados a continuación, a saber: el día de la Fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de la Epifanía, de Pascua, de la Ascensión, de Pentecostés, de la Santísima Trinidad, del Santísimo Sacramento, y en los días de la Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción de la Bienaventurada Virgen María; e igualmente el día primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos, y en la de San Benito; y si rezare devotamente a Dios por la extirpación de las herejías y cismas, la exaltación y la propagación de la fe católica, la paz y la concordia entre los príncipes cristianos y otras necesidades de la Iglesia Romana, ganará una indulgencia plenaria y la remisión de todos sus pecados.

"Aquel que cumpliere las mismas condiciones en las otras fiestas de Nuestro Señor o de la Bienaventurada Virgen María, de los Santos Apóstoles, o de San José, San Mauro, San Plácido, Santa Escolástica y Santa Gertrudis, de la Orden de San Benito, ganará en cualquiera de esas fiestas una indulgencia de siete años y siete cuarentenas.

"Alcanzará la misma gracia quien oyere la Misa o la celebrare, si es sacerdote, y orare a Dios por la prosperidad de los príncipes cristianos y la tranquilidad de sus estados y dominios.

"Aquel que en homenaje a la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor ayunare los viernes, o los sábados en honor de Nuestra Señora, cada vez que lo hiciere ganará una indulgencia de siete años y siete cuarentenas.

"Y aquel que, confesado y alimentado con la Sagrada Comunión, guardare ayuno esos mismos días durante un año entero, ganará una indulgencia plenaria, y esa misma gracia también se concede a aquel que, esforzándose en cumplir la misma obra, muriere en el curso del año.

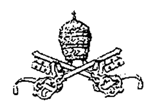


"Quien tuviere la costumbre de rezar una o varias veces por día la jaculatoria: Bendita sea la purísima e inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, *ganará una indulgencia de cuarenta días.*

"Quien tuviere la costumbre de rezar por lo menos una vez por semana la tercera parte del Rosario o los quince misterios, o el Oficio de la Santísima Virgen, o el de difuntos, o sus Vísperas con por lo menos un Nocturno y sus Laudes, o los Siete Salmos Penitenciales con las Letanías y salmos que les siguen; o cinco veces la Oración Dominical en honor del Santo Nombre de Jesús o de sus cinco llagas; cinco veces la Salutación Angélica en honor del Santísimo Nombre de María, o la Antífona Sub tuum praesidium *con una de las oraciones aprobadas, ganará el día que lo hiciere una indulgencia de cien días; favor que también gozará quien una vez cada viernes rezare tres veces la Oración Dominical y la Salutación Angélica y meditare piadosamente la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. La misma gracia será concedida a quien por devoción a San José, San Benito, San Mauro, Santa Escolástica y Santa Gertrudis, recitare el salmo* Miserere mei, Deus, *o cinco veces la Oración Dominical y la Salutación Angélica, y rezare a Dios para que, por su intercesión, conserve a la Santa Iglesia Católica, y a él mismo le obtenga un fin bienaventurado y tranquilo.*

"Quien rezare, antes de la celebración de la Misa o de la recepción de la Sagrada Comunión, o de la recitación del Oficio Divino, o del Oficio parvo de la Santísima Virgen María una devota oración, gozará de cincuenta días de indulgencia; privilegio concedido igualmente a quien rezare a Dios por los fieles que estuvieren en el artículo de la muerte, y dijere por ellos tres veces la Oración Dominical y la Salutación Angélica.

"Quien visitare a los presos en la cárcel o a los enfer-



mos en los hospitales, y los ayudare con alguna obra de misericordia, o enseñare la doctrina cristiana en la iglesia o en su casa, a sus hijos, parientes o criados, obtendrá cada vez, además de las indulgencias concedidas a estas acciones por otros Sumos Pontífices, una indulgencia de doscientos días.

"Quien recitare los quince misterios o una tercera parte del Rosario de la Santísima Virgen María en honor de su Purísima e Inmaculada Concepción, y le pidiere, por su intercesión ante el divino Hijo, la gracia de vivir y morir exento de pecado mortal, recibirá una indulgencia de siete años. También quien acompañare devotamente al Santísimo Sacramento al ser llevado como viático a los enfermos, ganará la misma indulgencia, además de las concedidas por otros Sumos Pontífices a los que practicaren tan piadosa obra.

"Quien rezare todos los días por la extirpación de las herejías ganará, una vez por semana, una indulgencia de veinte años.

"Quien examinare su conciencia y verdaderamente arrepentido, se propusiere firmemente corregirse de sus faltas y confesarse, ganará, rezando cinco veces con devoción la Oración Dominical y la Salutación Angélica, una indulgencia de un año, y si confesare y recibiere la Santa Comunión, ganará el mismo día una de diez años.

"Quien por sus buenos ejemplos o consejos, llevare a un pecador a la penitencia, obtendrá la remisión de la tercera parte de las penas debidas por sus pecados; y quien, realmente arrepentido, se confesare y recibiere la Santa Comunión el Jueves santo y el día de Pascua de Resurrección, y rezare devotamente a Dios por la exaltación de la santa Madre Iglesia y la conservación del Sumo Pontífice, ganará las mismas indulgencias que en tales días concede Su Santidad, cuando da al pueblo la bendición solemne.

"Quien rezare a Dios por la propagación de la Orden



o Religión de San Benito, participará de todas las buenas obras generales o particulares que se hagan, a cualquier título, en esa misa Orden.

"Quien por enfermedad corporal o cualquier otro impedimento legítimo, no pudiere oír Misa, o celebrarla, si es sacerdote, o recitar el Oficio divino, o el de la Santísima Virgen María, o practicar los otros ejercicios de virtud prescriptos pára ganar las indulgencias arriba mencionadas, podrá no obstante ganarlas, si en lugar de esos piadosos ejercicios, recitare tres veces la Oración Dominical y la Salutación Angélica con la Antífona Salve Regina, *agregando al final esta aspiración:* Bendita sea la Santísima Trinidad, y alabado sea el Santísimo Sacramento; bendita sea la Concepción de la Santísima Virgen María concebida sin pecado; *con tal, sin embargo, de que haya confesado y comulgado, o al menos, contrito, tenga el firme propósito de confesarse.*

"Quien en el artículo de la muerte encomendare piadosamente su alma a Dios, y habiendo confesado y recibido la Santa Comunión, si pudiere; o al menos habiendo hecho de corazón un acto de contrición, invocare con la boca, si pudiere, o si no, al menos de corazón, los nombres de Jesús y María, alcanzará una indulgencia plenaria y la remisión de todos sus pecados.

"Toda persona podrá ganar para sí, o aplicar en sufragio de los fieles difuntos, todas y cada una de las indulgencias arriba mencionadas, así como la remisión de los pecados y la relajación de las penas debidas.

"No obstante cualquier prescripción en contrario, Su Santidad declaró que si las Medallas de que aquí se trata, no estuvieren bendecidas por los monjes nombrados anteriormente, o por aquellos a quienes la Santa Sede hubiere acordado, por especial privilegio esa facultad, no gozarán de ninguna indulgencia. También prohibió que dichas Medallas fueran de



papel u otro material semejante, exigiendo que sean únicamente de oro, plata, bronce, cobre u otro metal sólido; de no ser así, no gozarán de ninguna indulgencia.

"En cuanto a la distribución y uso de estas Medallas, Su Santidad ordenó igualmente que se siguiera el Decreto de Alejandro VII, de feliz memoria, del 6 de febrero de 1657; es decir que las Medallas benditas con la aplicación de las indulgencias aquí mencionadas no pasan de la persona a quien fueron concedidas por los referidos Monjes, y a quien fueron distribuidas en primer lugar; y no podrán ser prestadas o vendidas, o tomadas en préstamo, en cuyo caso perderán las indulgencias que les fueron aplicadas; igualmente, si alguna se perdiere, no podrá ser reemplazada por otra a menos que ésta sea bendita por aquellos que antes indicamos, no obstante cualquier concesión o privilegio en contrario.

"Además, Su Santidad prohíbe expresamente que ningún sacerdote, secular o de cualquier Orden, Congregación, Instituto regular, sea cual fuere su dignidad u oficio, con excepción de los monjes ya mencionados, o de aquellos a quienes la Santa Sede hubiere acordado un Indulto por un privilegio especial, se atreva o presuma bendecir dichas Medallas o Cruces, o distribuirlas a los fieles, después de bendecirlas, bajo las penas infligidas al arbitrio de los respectivos Ordinarios del lugar o Inquisidores de la fe según la gravedad de la culpa, además de la nulidad de las bendiciones. No obstante cualquier acto en contrario, dése a la presente valor perpetuo.

"Y quiso Su Santidad que la copia de estas letras, manuscrita o incluso impresa y suscripta por un escribano público, o por el secretario del Visitador perpetuo que entonces exista, provista del sello de una persona constituida en autoridad, o del mismo Bennon o del Visitador perpetuo entonces existente, tenga el mismo crédito en juicio o en cualquier parte que tendría la presente si fuera exhibida o presentada.



"Dado en Roma, el 23 de diciembre del año 1741.

"(L. S.)

"L. Cardenal Pico, Prefecto.

"A. M. Erba, Protonotario Apostólico, Secretario de la Sagrada Congregación".

Pero, como agregaba la misma exposición, aunque nadie pueda dudar del valor del Decreto y de la facultad aquí acordada; sin embargo, para darle aún mayor respeto y solidez ante todos, dicho exponente, deseando vivamente que este Decreto con todas las cláusulas que en él se contienen y expresan, sea aprobado y confirmado a perpetuidad por Nos y la Sede Apostólica como arriba se lee; Nos suplicó humildemente y Nos pidió con gran instancia que por la presente Nos dignásemos proveer favorablemente a su súplica.

En consecuencia, queriendo dar a dicho exponente una marca de Nuestra especial benevolencia, y declarándolo absuelto y desligado, sólo a los efectos de la presente, de toda excomunión, suspensión y entredicho, y de todas las sentencias eclesiásticas pronunciadas por quien quiera que sea, así como de todas las censuras *a jure* o *ad homine* por cualquier causa u ocasión, si hubiere incurrido de algún modo en cualquiera de ellas; y determinado por las súplicas que Nos dirigió, aprobamos y confirmamos para siempre con Nuestra autoridad Apostólica, por medio de la presente, dicho Decreto con todo lo que contiene y expresa, y le agregamos la solidez que confiere la inviolable confirmación Apostólica, supliendo a todos y a cada uno de los errores de hecho, de derecho, de solemnidad y cualquier otro que allí pueda encontrarse de cualquier modo que sea, aunque fuere substancial. Queremos que las presente letras sean y permanezcan firmes, válidas y eficaces para siempre, y que obtengan y reciban su pleno y total efecto. Declaramos que no serán comprendidas en las revocaciones, suspensiones, limitaciones, derogaciones y otras dis-



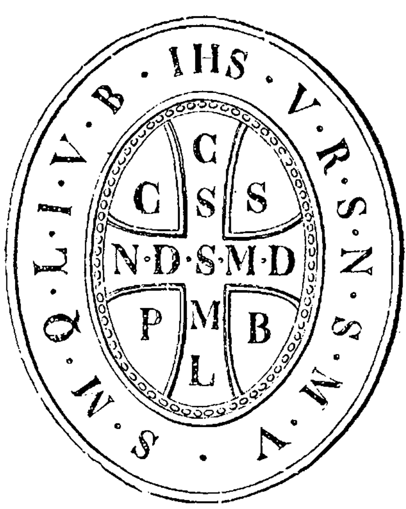
posiciones contrarias, hechas o que se haya de hacer a propósito de favores semejantes o distintos, por Nos y los Pontífices Romanos sucesores nuestros; por el contrario, serán siempre exceptuadas, y en dichas revocaciones, cada vez serán restablecidas, repuestas y reintegradas plenamente a su antiguo estado, y siempre válidas. Queremos finalmente que, sea cual fuere la fecha posterior en que sean comunicadas por el exponente y sus sucesores elegidos en el futuro, la presente obtenga y consiga su pleno efecto, sin que el exponente ni sus sucesores puedan o deban ser perturbados, inquietados o impedidos por autoridad alguna, o bajo ningún pretexto, color o pretensión. Así y no de otro modo deberá ser juzgado y definido por toda persona que ejerza la autoridad que fuere, ordinaria o delegada, aun por los Auditores de las causas del Palacio Apostólico, Cardenales de la Santa Iglesia Romana, incluso Legados *a Latere*, y los Nuncios Apostólicos de la Santa Sede. Decretamos nulo y sin valor todo cuanto alguno de ellos, sea cual fuere su autoridad, ejecutare contra dichas letras con o sin conocimiento de causa. No obstante las Constituciones y reglamentos Apostólicos, y de dicha Orden, aun cuando fueren corroborados por la confirmación Apostólica o de cualquier otro modo; no obstante, igualmente, los estatutos, costumbres, indultos y privilegios, Cartas Apostólicas concedidas, confirmadas o renovadas a los superiores y otras personas, contrarias de cualquier modo a dichos privilegios. Constituciones, reglamentos y demás que derogamos, así como cualquier otra disposición contraria, aunque deba hacerse mención y expresión de ellas, especial y específicamente expresa e individual, aun con inserción de todo su tenor y no mediante una alusión general y equivalente; y aun en el caso en que debieran ser insertadas palabra por palabra, sin omitir nada y guardando la forma en que están redactadas; dichas Constituciones, reglamentos y demás escritos considerándose expresados en la presente, y en



vigencia en cuanto a todo lo demás, las derogamos plena y ampliamente por esta vez, así como cualquier otra disposición que pueda ser contraria. Dado en Roma, en Santa María Mayor, bajo el anillo del Pescador, el 12 de marzo de 1742, segundo de nuestro Pontificado.

P. Cardenal Prodatario.





Anverso y reverso de la Medalla de San Benito (modelo antiguo).
Actualmente, el modelo más difundido es el *Jubilar*
(que figura en la tapa de este libro)



En el Monasterio de Montecasino, honras fúnebres prestadas a San Benito

Capítulo XIV

Consecuencias del Breve de Benedicto XIV referido a la medalla de San Benito

El primer efecto del documento apostólico que acabamos de reproducir es poner a la medalla de San Benito bajo la garantía de la Santa Sede. Por lo tanto, las inquietudes fingidas por algunas personas pierden todo fundamento. Se sabe con cuánta severidad y con cuán profundo conocimiento procede Roma en todo. Nada supersticioso encontró en la medalla ni sospechoso en sus caracteres. El empleo de la primera letra de una palabra para designar esa palabra completa podía parecer extraño a J.-B. Thiers, a quien faltaban, como a tantos otros hipercríticos de su época, estudios arqueológicos: de no ser así, no le hubiera parecido más extraño expresar las palabras *Vade retro, Satana*, etc., por las letras V. R. S., etc., que utilizar, como los primeros cristianos, la palabra *I CH TH Y S* (pez, en griego) para significar *IESUS CHRISTOS THEU YIOS SOTER* (Jesucristo Hijo de Dios Salvador). En Roma, siempre se conoció el sentido de tales cosas; y la aprobación de la medalla, cuyas inscripciones quedan claramente

justificadas, no podía encontrar allí obstáculos causados por el temor de parecer sancionar alguna fórmula cabalística.

No sólo se aprobó la medalla, sino que también se autorizó la fórmula presentada para su bendición. Más aún, se otorgó una amplia concesión de indulgencias a favor de quienes la llevaran respetuosamente. Se puede decir pues con toda razón que la Santa Sede invita expresamente a los fieles a usar con confianza este signo sagrado.

El privilegio de bendecir la medalla y aplicarle las indulgencias está reservado, como vimos, a los Benedictinos de Bohemia, Moravia y Silesia, y se prohibe absolutamente a cualquier otro sacerdote arrogarse este derecho sin autorización, bajo pena de nulidad de la bendición e indulgencias. La concesión fue ampliada posteriormente a diversas Congregaciones de la Orden de San Benito[24]. Con relación a la fórmula aprobada para esta bendición, es de rigor; y no basta con hacer la simple señal de la Cruz, normalmente utilizada para aplicar indulgencias a las medallas, cruces y rosarios, en virtud de la delegación apostólica.

La falta de una bendición no siempre fácil obtener, no debe, sin embargo, impedir a los fieles depositar su confianza en un objeto tan respetable. Es indudable que ese objeto es más digno de consideración cuando está enriquecido con las bendiciones cuya fuente es la Iglesia, y cuando se abre el tesoro de las indulgencias en favor de quien lleva la medalla; pero no debe olvidarse que antes de ser objeto de tan alta distinción por parte de la Santa Sede, numerosas gracias habían sido obtenidas por su intermedio. La virtud de la medalla es inherente al signo de la cruz con la que está marcada y a la efigie de San Benito que nos atrae su protección. El santo Nombre de Jesús, las palabras empleadas por el Salvador para rechazar a satanás, el recuerdo de las victorias alcanzadas por San Benito sobre este espíritu maligno, son otros tantos poderosos conjuros frente a los cuales es de esperar que

[24] Nos consta que, posteriormente, se concedió también a todos los sacerdotes de la orden benedictina y a determinados sacerdotes seculares o de otras órdenes o congregaciones.

éste retrocederá, si los utilizamos con fe.

Juzgamos, pues, nuestro deber recomendar a los fieles que hagan todos los esfuerzos necesarios para obtener la bendición de las medallas; pero si les resulta imposible recurrir a quienes tienen el poder de bendecirlas, igualmente los exhortamos a poner su confianza en la Santa Cruz y en San Benito.

El lector pudo apreciar en el Breve que la efigie de San Benito es necesaria para la medalla. No basta que figuren los caracteres C. S. P. B., *Crux santi Patris Benedicti*; debe reproducir también expresamente la imagen del santo Patriarca de los monjes de Occidente. En Francia se acuñaron, en los últimos años, gran cantidad de medallas sin la efigie de San Benito; no sirven para recibir la bendición y difieren esencialmente de las acuñadas antes y después del Breve de Benedicto XIV. Es importante advertir a los fieles al respecto y hacerles comprender que nada puede legitimar una alteración esencial; desde su origen, una y otro estuvieron representados; y es sólo bajo esta forma que la Iglesia la recomienda.

Así como no se podría, sin alterar esencialmente la medalla, omitir la efigie de San Benito, tampoco debe agregarse ningún otro detalle. Deben considerarse, pues, como adulterados ciertos modelos de la medalla divulgados en Alemania, de gran formato, y sobre los cuales se puso un amuleto designado bajo el nombre de medalla de San Zacarías. Dicha medalla no tiene nada en común con la de San Benito, objeto de este opúsculo. Es verdad que lleva la efigie del santo Patriarca y a su alrededor se leen dieciocho caracteres; pero no tendrían sentido si fuera cada uno la inicial de una palabra, como el *I CH TH Y S* de los primeros cristianos, o los conjuros inscriptos abreviadamente en la medalla de San Benito.

Se pretendió explicarlos diciendo que cada uno constituía el comienzo, no de una palabra, sino de una serie de fórmulas, cuyo fin es pedir a Dios la protección contra el flagelo de la peste. Pero resulta por lo menos extraño emplear una letra para significar una frase completa, sobre todo si está compuesta por

muchas palabras. Sólo una de esas fórmulas tiene no menos de cincuenta y una palabras. Al reunirlas, tal como indica el comentario de dicha medalla, se forma un conjunto confuso y sin nexo, donde todo es arbitrario. Tampoco se explica la presencia de San Benito en esta medalla; no se encuentra ninguna alusión a él en la descripción de los caracteres que la rodean. En la verdadera medalla, por el contrario, lo que no se refiere a la Cruz tiene que ver con el santo Patriarca. Es muy dudoso que la Santa Sede haya consentido en aprobar alguna vez una cosa tan indigesta. Los propagadores de esta medalla pretenden hacer remontar su origen hasta el Papa San Zacarías, que subió al solio pontificio en el año 741; pero hasta el día de hoy no pudieron dar siquiera la sombra de una prueba a su aserción. Al escribir esto, no tenemos la intención de contristar a nadie; pero nos parece útil decir algunas palabras sobre una medalla cuyas condiciones muy poco seguras podrían atraer la severidad de la crítica y perjudicar la consideración y el respeto que merece la verdadera medalla de San Benito.

Cabría también protestar aquí contra otro abuso introducido en gran número de medallas actualmente en circulación. Debido a una ignorancia inaudita respecto del hábito de las diversas órdenes religiosas se representó a San Benito con vestiduras que no corresponden en absoluto a las de su Orden. Existen medallas donde el santo Patriarca tiene el hábito ceñido por un cordón a la manera de los franciscanos, en lugar de estar revestido con la cogulla, señal indispensable de los benedictinos. No queremos afirmar que tal incorrección basta para que la medalla sea incompleta; pero al menos se debe señalar como una grave inconveniencia. La conservación de los atributos que la tradición eclesiástica asignó a cada santo es de rigor, bajo pena de irreverencia; y constituye un deber vigilar los estropeos ocasionados por el capricho o la ignorancia de los artistas. Afortunadamente, la medalla que aquí denunciamos comienza a escasear; porque además de mal vestido, el personaje estaba representado de modo innoble. En general, los modelos en boga actualmente son más regulares y, en particular, señalamos como irreprochable bajo todo

punto de vista, la medalla acuñada en París, en diversos tamaños, y que está ya muy difundida[25].

[25] N. T. En el pasado hubo muchas variantes de la medalla de San Benito, desde el modelo inicial acuñado en Metten, en el siglo XVII, hasta el Breve de Benedicto XIV, y aún posteriormente. A. J. Corbière, en su *Numismatique Bénédictine*, publicada en 1906, después de una exhaustiva investigación, llega a catalogar 241 variantes.

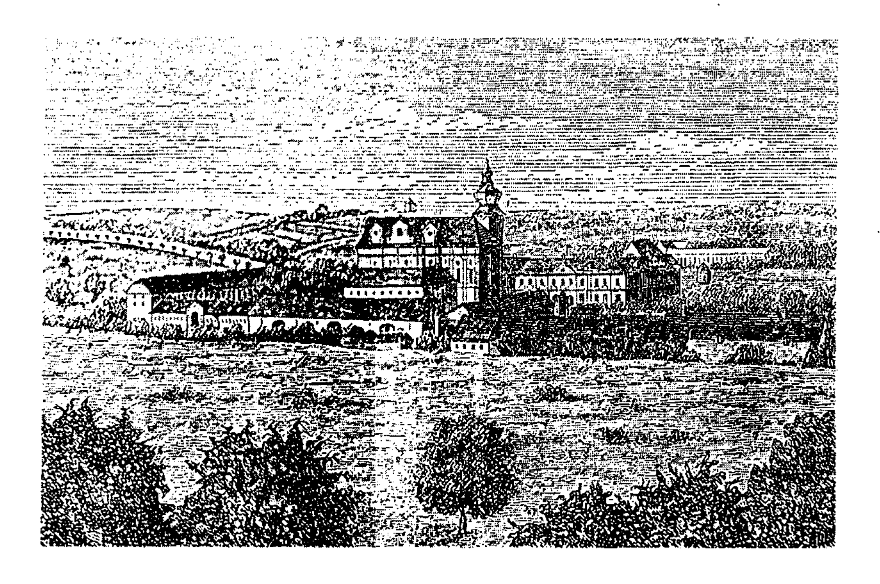
Lo esencial en la medalla es que en una de las caras figure la efigie del Patriarca San Benito y en la otra la Cruz y los caracteres que constan en el Breve de Benedicto XIV.

En 1877, cuando se preparaba la conmemoración -realizada tres años más tarde- del 14° centenario del nacimiento de San Benito, la Abadía de Montecasino mandó acuñar un modelo de medalla conocido como *Medalla del Jubileo*. Esa medalla es redonda; representa a San Benito con la Cruz en la mano derecha y la Regla en la izquierda; a la derecha del Santo se ve una taza partida y una serpiente (alusivas al milagro realizado por San Benito cuando al trazar la señal de la Cruz partió una taza con una bebida envenenada que le ofrecieron monjes perversos con la intención de matarlo); a la izquierda del Santo hay un cuervo con un pan (alusión a otro milagro; se trataba de un pan ofrecido al santo por un sacerdote envidioso; en vez de comerlo, San Benito ordenó a un cuervo que lo llevara lejos de allí, donde nadie pudiera encontrarlo ni causara daño); a los pies de San Benito figuran las siguientes palabras: **Ex S. M. Cassino MDCCCLXXX** (Del Santo Montecasino, 1880); a ambos lados del santo se lee: **Crux S. Patris Benedicti** (*Cruz del Santo Padre Benito*); alrededor de la imagen se lee un trecho de la tradicional oración dirigida a San Benito para suplicar la gracia de una buena muerte: **Eivs. In. Obitv. Nro. Praesentia. Mvniamvr** (*En la hora de la muerte seamos defendidos por su presencia*); y en la otra cara de la medalla, en lo alto de la cruz de formato griego se lee la palabra: **Pax** (*paz*).

El Papa Pío IX concedió a esa medalla, mediante un Breve del 31 de agosto de 1877, gran número de indulgencias, válidas solamente para los ejemplares acuñados y distribuidos por la Abadía de Montecasino, propietaria exclusiva de dicha medalla. Tales indulgencias no podían ser ganadas por medallas diferentes de la jubilar, ni por imitaciones.

Actualmente el modelo más difundido es el de la medalla jubilar, a veces con algunas leves modificaciones.

Sobre la medalla de San Benito hay una amplia bibliografía. Los siguientes son algunos de los títulos que utilizamos para la redacción de esta nota: Dom Martinho Johnson, O.S.B., *A medalha de São Bento*, estudio todavía inédito, cedido amablemente por el autor, 1980; *A medalha de São Bento,* apéndice a la *Regra do Glorioso Patriarca S. Bento. traduzida do Latim e anotada pelos Monges de Singeverga*, Ediciones Ora et Labora, Singeverga, (Portugal), 1951, pp. 177 a 184; R.P. Don García M. Colombas, O.S.B., R.P. Don León M. Sansegundo, O.S.B. y R.P. Don Odilón M. Cunill, O.S.B., *La medalla de San Benito*, apéndice a *San Benito, su vida y su regla*, BAC, Madrid, 2ª ed., 1958, pp. 739 a 742; *Manual do devoto de São Bento especialmente dedicado aos Oblatos seculares, compilado por um Benedictino da Congregação Brasileira*, Friburgo (Alemania), 1909, pp. 12 a 27.



Monasterio de Santa Margarita de Praga, centro difusor de la Medalla de San Benito en el siglo XVIII. Su abad, el R. P. Don Bennon Löbl, obtuvo del Papa Benedicto XIV la aprobación oficial de la Medalla

Capítulo XV

La devoción a San Benito [26]

La elección que Dios se dignó hacer de su siervo San Benito para asociar los méritos de este santo Patriarca a la virtud divina de la Cruz, en la medalla a la cual consagramos este opúsculo, parece exigir, que, al concluir, agreguemos algunas palabras para recomendar a los fieles la devoción a tan poderoso protector.

El motivo de la devoción que tenemos a determinado santo en particular proviene generalmente de sus méritos, que le aseguran mayor crédito junto a Dios. Ahora bien, si consi-

[26] N. T. Preferimos, en esta traducción, omitir el Capítulo XV de la obra de Dom Guéranger, titulado *Elenco de las indulgencias anexas a la Medalla de San Benito, según el Breve de Benedicto XIV*. En él, el autor esquematizaba, para facilidad de asimilación de los lectores, las numerosas indulgencias plenarias y parciales concedidas por aquel Pontífice a quienes usaren la medalla, según el Breve que reprodujimos en su totalidad en el Capítulo XIII. Como desde 1967 rige una nueva disciplina de indulgencias, nos pareció que era inconveniente, además de superfluo, reproducir tal capítulo.

Omitimos también el Capítulo XVI de la obra, titulado *Rito que se debe emplear para la bendición de la medalla de San Benito*, ya que reproduce textualmente la fórmula incluida en el Breve de Benedicto XIV.

El capítulo XVII, que figura en esta traducción como Capítulo XV, es el último de la obra.

deramos todo cuanto la gracia operó en San Benito, todo cuanto San Benito realizó por sí mismo y por sus hijos en honra de Dios, por la salvación de las almas y el servicio de la Iglesia, podemos creer que entre aquellos que Dios se dignó glorificar, pocos hay cuya intercesión sea tan poderosa.

Aquella regla tan santa y llena de sabiduría, la única que durante más de ocho siglos reinó en todos los monasterios de Occidente, ¿no debe considerarse acaso como dictada por el Espíritu Santo al hombre elegido para escribirla y darle su nombre? Esos millares de santos que produjo, que ponen toda su gloria en ser hijos de San Benito, ¿no son astros que gravitan en los cielos alrededor de sol tan brillante? ¿No lo proclaman por padre naciones enteras conquistadas por sus discípulos a la fe cristiana? Esa multitud de santos Obispos que gobernaron tantas diócesis, esa pléyade de santos Doctores que enseñaron la ciencia sagrada y combatieron las herejías de su tiempo, ¿no constituye también un homenaje a quien tantos honran como a su maestro? Los treinta sumos Pontífices que la Regla benedictina dio a la Iglesia, tantos de los cuales tuvieron en sus manos las más importantes medidas en defensa y beneficio de la Cristiandad, ¿no prueban a su vez la elevada sabiduría del legislador inspirado bajo cuya guía vivieron en el claustro? En fin, tantos millones de almas que desde hace trece siglos se consagraron a Dios en su santa e inmortal institución, ¿no forman en torno de su cabeza venerable una diadema imperecedera, admiración de los predestinados?

Por todos estos motivos, parece legítimo llevar al pueblo cristiano, en los homenajes tributados a los héroes de la santidad, a dirigir su culto y su confianza al gran Patriarca, a cuyo alrededor Dios parece haber reunido todo cuanto puede contribuir a darnos una idea de la gloria inmensa con la que lo coronó en los cielos. Recurramos, pues, a su intercesión en nuestras necesidades; tiene poder para atender nuestras oraciones, y la bondad paternal que fue sobre la tierra uno de los rasgos principales de su alma, según el relato que nos dejó San Gregorio Magno de su vida admirable, sigue siendo, en el seno de la gloria que ahora goza, el

carácter permanente de su intervención en favor de los habitantes de la tierra.

Siglos después de haber fallecido, se apareció un día a Santa Gertrudis, su ilustre hija. Embelesada en la contemplación de sus grandezas, la virgen le recordó su gloriosa muerte, cuando en la iglesia de Montecasino, el 21 de marzo del año 543, después de recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor, sostenido en los brazos de sus discípulos, de pie como un guerrero, rindió su alma santa a Dios en una última oración. Gertrudis osó pedirle entonces, en nombre de tan preciosa muerte, que se dignase asistir con su presencia, en la última hora, a cada una de las religiosas que formaban parte, en aquel momento, del monasterio donde vivía. El santo Patriarca, seguro de su crédito junto al soberano Señor de todas las cosas, le respondió con la dulce autoridad que impregnaba su lenguaje ya en este mundo: *"A todo aquel que me rinda homenaje por el favor con el que mi Maestro se dignó honrar mis últimos momentos, me comprometo a asistirlo yo mismo en la hora de su muerte. Seré para él un baluarte que lo defenderá con seguridad contra las acechanzas de los demonios. Fortificado con mi presencia, escapará a las celadas de los enemigos de su alma y el cielo se abrirá para él"*[27].

Una promesa tan preciosa hecha por tal siervo de Dios y garantizada por una esposa tan noble del Salvador de los hombres inspiró a los hijos de San Benito la piadosa idea de componer una oración especial, de acuerdo a las intenciones del santo Patriarca, con el fin de asegurar a quienes la rezaran, el favor que se dignó prometer[28].

Aquí la transcribimos, con el deseo de propagarla y animar a los fieles a recurrir a ella para el bien de sus almas:

[27] *S. Gertrudis Insinuationes divinae pietatis*, Lib. VI, Cap. XI.

[28] N. T. El Papa León XIII aprobó y recomendó esta oración el 17 de mayo de 1879.

Antífona

Benito, amado por el Señor, fortalecido con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, estaba de pie en la iglesia, apoyando sus miembros desfallecidos en los brazos de sus discípulos. Con las manos levantadas al cielo, rezando fervorosas súplicas, exhaló su último suspiro; y fue visto subir al cielo por un camino cubierto de ricos tapices y resplandeciente de innumerables luces.

V. Apareciste glorioso en la presencia del Señor,

R. Por eso el Señor te revistió de hermosura.

Oración - *Oh Dios, que con tan grandes privilegios honraste la preciosa muerte del gloriosísimo Patriarca San Benito, concédenos, te lo pedimos, que en la hora de nuestra muerte seamos defendidos de las celadas de los enemigos por la presencia de aquel a quien veneramos. Por Jesucristo Nuestro Señor.*

R. Amén.